



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

Materiales para el Estudio del Discurso Político Populista

Alexandre Dorna

RESUMEN

EL DISCURSO POLÍTICO POPULISTA SE REMONTA A LAS TENDENCIAS PROFUNDAS DE SU EMERGENCIA: LA CRISIS DE LA SOCIEDAD MODERNA, LAS DISFUNCIONES, LAS TRANSFORMACIONES DE LAS IDENTIDADES INDIVIDUALES Y NACIONALES, LA INFLUENCIA PERVERSA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN. ASÍ COMO A LAS TENSIONES IDEOLÓGICAS QUE MARCAN LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA. EN ESTE CONTEXTO, EMERGE UN DISCURSO SUSTENTADO POR LÍDERES QUE HACEN UN LLAMADO AL PUEBLO, EVOCANDO LOS GRANDES MITOS FUNDADORES. LA FIGURA MÁS CLÁSICA DEL POPULISMO POLÍTICO ES AQUELLA DEL HOMBRE PROVIDENCIAL CARISMÁTICO, QUE SE DISTINGUE DE OTROS TIPOS DE LÍDERES POR LA PLASTICIDAD PRAGMÁTICA Y LA HABILIDAD EMOCIONAL EXUBERANTE MEDIANTE LA CUAL DINAMIZA LA SITUACIÓN. MUCHOS CASOS DE DISCURSOS POPULISTAS HAN SIDO ESTUDIADOS: JEAN-MARIE LE PEN, ALEXANDRE LOUKACHENKO Y HUGO CHÁVEZ. ESTOS DISCURSOS CUMPLEN DIVERSAS FUNCIONES (ESTRUCTURANTE, DECISIONAL, PEDAGÓGICA, TERAPÉUTICA, PERSUASIVA, PROPAGANDÍSTICA, IDENTIFICATORIA Y PROSPECTIVA). Y RECURREN A TRES ELEMENTOS SOCIOLINGÜÍSTICOS CONSTITUTIVOS, EL PESO DE LAS PALABRAS, LAS FIGURAS TEÓRICAS Y EL EMPIRISMO IDEOLÓGICO PERMANECIENDO EN LA FORMA, PROBABLEMENTE LA MÁS CERCANA DE LA ANTIGUA RETÓRICA Y SEGURAMENTE DE LOS ORÍGENES DEL DISCURSO POLÍTICO.

PALABRAS CLAVES: PSICOLOGÍA POLÍTICA, DISCURSO POPULISTA, DEMOCRACIA

ABSTRACT

THE POPULIST POLITICAL SPEECH GOES BACK TO THE DEEP TENDENCIES OF ITS EMERGENCE: THE CRISIS OF MODERN SOCIETY, DYSFUNCTIONS, TRANSFORMATION OF THE INDIVIDUAL AND NATIONAL IDENTITIES, MASS MEDIA PERVERSE INFLUENCE, AS WELL AS THE IDEOLOGICAL TENSION THAT REPRESENTATIVE DEMOCRACY SIGNALS. IT IS IN THIS CONTEXT THAT A SPEECH NOURISHED BY LEADERS MAKING A CALL TO PEOPLE EMERGES, EVOKING THE FUNDING MYTHS. THE MOST CLASSICAL CHARACTER IN POPULIST POLITICS IS THAT OF A CHARISMATIC PROVIDENTIAL MAN, THAT DISTINGUISHES HIMSELF FROM OTHER TYPES OF LEADERS FOR HIS PRAGMATIC PLASTICITY AND THE EXUBERANT EMOTIONAL ABILITY BY MEANS OF WHICH HE ACTIVATES THE SITUATION. MANY CASES OF POPULIST SPEECH HAVE BEEN STUDIED: JEAN-MARIE LE PEN, ALEXANDRE LOUKACHENKO AND HUGO CHÁVEZ. THESE SPEECHES PERFORM SEVERAL FUNCTIONS (STRUCTURING, DECISIONAL, PEDAGOGICAL, THERAPEUTIC, PERSUASIVE, PROPAGANDA, IDENTIFICATION AND PROSPECTIVE). THEY APPEAL TO THREE CONSTITUENT SOCIOLINGUISTIC ELEMENTS: THE WEIGHT OF WORDS, THE THEORETICAL FORMS, AND IDEOLOGICAL EMPIRISM REMAINING IN THE FORM, PROBABLY THE CLOSEST TO THE OLD RETHORICS AND CERTAINLY TO THE ORIGINS OF THE POLITICAL SPEECH.

KEY WORDS: POLITICS PSYCHOLOGY, DISCOURSE POPULIST, DEMOCRACY.

Materiales para el Estudio del Discurso Político Populista¹

Alexandre Dorna²

Si el estudio del discurso político parece dominado desde hace largo tiempo por diversas aproximaciones lingüísticas, a las que hoy día habría que agregar las nuevas tendencias neo cognitivistas, un largo *impasse*³ teórico (nos) parece, se habría instalado. El retorno a la retórica literaria (Grize 1971, Salavastru 2004) a la lógica argumentativa (Perelman y Olbrechts-Tyteca 1958, Vignaux 1976), a la pragmática (Reboul y Moeschler 1998) o a la psico-lingüística social (Ghiglione y otros 1986) no llega a abrir una nueva senda. Cuestión de tiempo quizá, pero sin duda es necesario hacer un esfuerzo para identificar otros elementos de análisis y para volverlos compatibles con una aprehensión de conjunto de variables en juego. Con, **primero**⁴, la manifestación de una metodología abierta y liberada de formalismos ("fascista", diría Roland Barthes) internos al lenguaje.

¹ N.T. Este texto lleva como título original: « Matériaux pour l'étude du discours politique populiste » y fue traducido libremente al español por Ana María Álvarez Rojas. La versión final del texto no fue revisada por su autor; sin embargo, autorizo su publicación en esta revista. Agradezco la colaboración de Romina Abad, estudiante de tercer año de la Carrera de Trabajo Social de la UCSH, por su excelente aporte a la realización de esta traducción.

² Alexandre Dorna. Psicólogo, Profesor de Psicología Social y Psicología Política, Universidad de Caen, Francia. E-mail: a.dorna@free.fr

Esto no es un reproche, aunque no sea nuevo. No sin sorpresa, una regla parece imponerse de manera práctica: cada vez que un proceso societal tiende a ser explicado únicamente como fenómeno lingüístico podemos estar seguros de que la interpretación tiene fuertes posibilidades de ser falsa. Pues, a fuerza de haberle hecho el quite al problema, muchas fuentes de información han estado plagadas de análisis lingüísticos del discurso, particularmente la consideración del estado general de la sociedad en un momento de crisis profunda; la naturaleza del discurso político en sí mismo, cuyos residuos evidencian la huella de valores y de sentimientos de los pueblos; y la necesidad de considerar en su conjunto las relaciones entre discurso, ideología, psicología y cultura. Sin olvidar las mediaciones, entre las cuales la televisión lleva la delantera. Un periodista, F. H. de Virieu (1994), posee una lúcida explicación respecto de este punto: "la gramática televisiva es la imagen, el espectáculo. Ella favorece entonces a los candidatos populistas en detrimento de aquellos que tratan de hacer reflexionar a sus conciudadanos, de hacerles participar de la vida pública y de interesarlos en el porvenir".

Difícil, entonces, examinar el discurso político (aquí, populista) sin remontarse a la fuente y a las tendencias profundas de su emergencia: la crisis de la sociedad moderna, las disfunciones de la democracia representativa, las transformaciones de las identidades individuales y nacionales, la influencia perversa de los medios, tanto como las tensiones ideológicas que marcan la presencia de movimientos populistas y sus líderes carismáticos.

Crisis democrática: malestar identitario y populismo rastrero

La democracia representativa está en crisis. Es una constatación ampliamente compartida, pero cuidadosamente maquillada en la

medida en que los proyectos ideológico-políticos engendrados por la modernidad fracasan. Numerosos son los pensadores que muestran las inconsecuencias, incluso los peligros, de la interpretación moderna de la democracia. El poder de las nuevas oligarquías que administran la "gubernancia" actual es directamente proporcional a la caída del proyecto social del campo de los demócratas. Pues la paradoja actual es no solamente que la supervivencia de ese régimen bastardo se impuso como un horizonte que no puede ser sobrepasado, a escala planetaria, sino que se identifica a una forma ideológica particular: el liberalismo filosófico y económico. Malestar de un "contratiempo" (Namer 2003) casi inesperado.

Los malestares de la democracia representativa

La democracia moderna emergió de los esfuerzos por cambiar la modalidad de sociedad heredada de la edad media. La defensa del individualismo fue un imperativo histórico, la filosofía liberal, un principio, cuya utilización conceptual se extendió ideológicamente a la epistemología científica. Por tanto, hoy día, el resumen se revela poco concluyente: la sociedad permanece bloqueada, la acción política faltante de energía, incluso de valor, y la filosofía (psicológica) liberal engendra un individualismo que desemboca en el conformismo. La máquina está "agripada". En la "gubernancia", la nueva oligarquía tecnocrática, hace de la gestión "a corto plazo" una visión política pragmática, cuya consecuencia es perceptible a simple vista: las elites están perdidas y las masas desencantadas, el discurso político está vacío de proyectos, el marasmo lleva la delantera sobre las ideas de innovación.

La naturaleza centrípeta de la crisis societal provoca un formidable abanico de valores, de creencias, de economías, roles, morales, men-

talidades, significaciones... hasta el punto de reinventar las condiciones de la “maquiavelización” del político y del retorno – mutatis mutandis – a un nuevo “Leviatán” por la práctica ambigua de la fórmula (liberal) de un gran bien para la mayoría.

El filósofo Baudrillard (1987), no sin malicia y con mucho sarcasmo, evoca el estado de “menopausia” de la democracia. Los “síntomas” parecen darle la razón, pero la metáfora está más cercana de los efectos perversos del funcionamiento social. El análisis de la paradoja democrática moderna muestra como, en el seno de la democracia misma, se constituyeron grupos de poder que confiscan la opinión de todos y la reemplazan por la voluntad de algunos: la oligarquía. Hace casi un siglo R Michels (1911), en una encuesta todavía válida formuló el principio de “la ley de bronce” de la oligarquía de las organizaciones. Este principio se impuso en el corazón mismo de las organizaciones (políticas y sindicales) destinadas a encarnar un proyecto democrático alternativo. Así, las nuevas oligarquías, conservando la forma y el decoro del modelo de origen, se transformaron en regímenes iluminados, pero fuertemente antidemocráticos. Las consecuencias son conocidas por todos: el asfixiamiento de las opiniones individuales en nombre de una mayoría virtual, la instauración de pandillas rivales en nombre de las opiniones silenciosas y la reivindicación de los bienes particulares y corporativistas en nombre de una teoría de la libertad de cada uno.

La democracia representativa contemporánea se transformó en una amenaza para la identidad colectiva en nombre de los derechos de las entidades individuales, bajo la presión de un proceso de mundialización de los mercados que, por una parte, actualiza los sentimientos de desconfianza y provoca el debilitamiento de las culturas nacionales, y, por otra parte, impone modos de uniformización a gran escala.

La cuestión identitaria: algunos puntos de referencia

Erikson (1968) propuso estudiar la identidad bajo el ángulo de su doble naturaleza “identidad del yo e identidad de grupo”: es la contradicción entre el deseo de los individuos y el poder de la sociedad. El equilibrio político, siempre inestable, capaz de mantener la tonicidad social, supone una unidad personal (subjetiva) y una continuidad temporal (objetiva), es ahí donde anida el sentimiento de “plenitud o totalidad”, en el cual la mayoría de los miembros de una sociedad se reconoce. Son las instituciones sociales que aportan a los individuos, permanentemente, las recompensas colectivas frente a las angustias del pasado y del presente. La identidad colectiva es una necesidad de sentirse en seguridad dentro de un mundo. Aquí, son las creencias identitarias colectivas que se vinculan las unas a las otras de manera significativa, delante de las fuerzas negativas de la desunión. No es sorprendente que la religión (revincular) restaure a intervalos regulares, relacionados con las crisis del ciclo de vida, nuevos sentimientos de totalidad.

Por una parte Tajfel (1978), psicólogo social cognitivista, concibe la identidad social como el conjunto de rasgos psicológicos de los individuos (sentimientos, creencias, intereses intelectuales, gustos y preferencias) componentes de un grupo humano, sin olvidar sus interacciones formales e informales.

Los sociólogos (Parsons, tanto como Durkheim, Cooley y Mead) dan una importancia considerable al vínculo social: la identidad es analizada como una red integrativa de roles individuales en respuesta a las expectativas del medio social y de las instituciones. Cuestión fundamental para establecer la cohesión y la unidad de acción de una sociedad regida por principios y leyes comunes, pues estas convenciones justifican y mantienen un orden en las relaciones socio-psico-culturales.

Para comprender mejor, recordemos algunos criterios importantes del paso de la identidad individual a la identidad colectiva. A saber, los elementos siguientes:

- a) La presencia de un nombre común para expresar la esencia de la comunidad a la cual el sujeto está asociado;
- b) Mitos fundadores explicativos que hablan de los orígenes comunes que se remontan en el tiempo y los sitúan en el espacio;
- c) Recuerdos históricos y referencias a los héroes, eventos y conmemoraciones;
- d) Rasgos culturales compartidos como la religión, la costumbre, la lengua y la memoria;
- e) Vínculos simbólicos que unen a los vivos con los ancestros;
- f) Sentimientos de solidaridad intracomunitarios fuertes.

Evidentemente, algunos de estos criterios puedan cambiar con el tiempo, incluso el nombre de la comunidad puede desaparecer a lo largo de los años. La referencia a esta categoría ayuda a definir y a diferenciarse en los periodos de transición, en la ambigüedad de lo que ya desapareció y de lo que no es todavía. En cuanto a los mitos, ellos hacen parte de un discurso bajo la forma de memoria cultural en que se mezclan los hechos y las ficciones, a fin de dar una coherencia al conjunto. El cenit del discurso político identitario es una selección de eventos parecidos a fin de ocultar las diferencias y de reforzar la experiencia global de la comunidad. Lo que divide está minimizado y los elementos de unidad son puestos de relieve.

Por otro lado, la dinámica identitaria introduce la amalgama de las experiencias individuales y de la presencia de figuras representativas (héroes, líderes, actos, accidentes, leyendas, recuerdos, etc.) en el contenido de las narraciones. Es justamente por esta razón que

el discurso histórico es la fuente de reproducción de las imágenes y de las creencias, el sostén de los valores y de las formas de la sociabilidad colectiva. Nada sorprendente entonces que el discurso cultural común pueda alimentar y dar sentido a los discursos políticos y, en periodo de conflicto, resaltar las diferencias inaceptables y las similitudes deseables. En fin, es ahí donde los vínculos de solidaridad forman una red de seguridad para los miembros de la colectividad.

Nada puede quedar indiferente a una crisis profunda de identidad. Por más que ella sea resuelta individualmente, las identificaciones colectivas nuevas son necesarias en medio de una búsqueda confusa de roles y figuras de líderes escogidos fuera de los círculos íntimos. La identidad constituye, entonces, el último resorte, una suerte de "ánima" reguladora en que el individuo se refiere a la sociedad en su conjunto, para formar una identidad simbólica común, cuya existencia es reconocida por todos y la definición, asumida por cada uno. Es ahí donde el discurso populista extrae sus contenidos y los interpreta, bajo la presión de intereses generales, particularmente en periodo de modernización (técnico-económico) del sistema social en el curso del cual la sociedad política "olvida" guiar y clarificar las elecciones del individuo.

El nuevo populismo: algunas observaciones de circunstancia

La ola neopopulista es mundial y recurrente: imposible entonces hacer un censo aquí de un conjunto de líderes y de movimientos que emergen en todos los continentes. Un panorama del estado de la cuestión se encuentra en muchas obras, particularmente: Niqueux y Dorna (2004), Ihl y otros (2003), Tgueff (2002).

Hay que recordar que el discurso populista se instala en un momento de sufrimiento y de expectativas para una gran parte de la sociedad en un período de crisis prolongada en búsqueda de salida.

La palabra de los líderes populistas se apoya sobre una dinámica voluntarista de ruptura con el statu quo. Hay una alquimia de elementos racionales y emocionales que el análisis no debe escamotear ni olvidar, bajo pena de "tirar la guagua con el agua de la bañera"³; es indispensable concebir la palabra política como una poderosa herramienta de transformación de los hechos y de las ideas. Se trata, pues, de la acción psíquica y verbal de interpelar el poder instalado, su fundamento y su política en el nombre de todos.

Nadie duda que la historia del populismo sea contradictoria y fugaz, ni tampoco que el discurso populista obedezca a reglas de geometría variable. Sin embargo, algunas observaciones ya desarrolladas en otros textos (Dorna 1999), permiten extraer o dibujar un retrato suficientemente verosímil de los movimientos y de los discursos populistas.

Primera observación⁴: el populismo no es un simple movimiento de masas, sino la respuesta de las masas a la acción (juzgada valiente) de un hombre carismático. El estilo del líder cuenta para muchos, pues la forma supone el fondo. Es el juego de seducción y del saber hacer, de la fineza en el movimiento para esquivar los golpes, del contacto directo y caluroso. La energía es contagiosa, la dimensión antidepresiva no está ausente del carisma. El líder carismático abraza la retórica, pero raramente la demagogia, y mientras la impostura acecha al jefe demagogo, la desmesura acompaña al líder populista.

³ N.T: Las comillas son nuestras.

⁴ N.T: Todos los encabezados de estas observaciones están en negritas en el texto original.

Segunda observación: la característica principal del populismo no es la efervescencia social, sino la voluntad abierta o descarada de ruptura. El cimiento que la funda no es sociológico, sino psicológico, verdadero pedestal sobre el cual todos los otros componentes (sociológicos y económicos) se despliegan para formar un nuevo mundo imaginario.

La llamada populista se dirige a todo el pueblo, a todos aquellos que siguen en silencio el impasse y la miseria real o virtual. Hay en este llamado la evocación de los grandes mitos fundadores; ahí está su poder y su razón de ser. Los símbolos desempeñan aquí un formidable rol de reconocimiento.

Tercera observación: el populismo emerge siempre asociado a una situación de crisis social. Su significación se encuentra "río arriba"⁵ cuando el funcionamiento del Estado se vuelve hermético al pueblo y la clase política, culpable de una confiscación disimulada del poder. Esto se acompaña de un agotamiento cultural e ideológico, de una falta de confianza en el porvenir y de una dosis letal de conformismo. La cohesión social (nacional) deja de ser una barrera contra los procesos de desintegración y la acción corrosiva del inmovilismo de las instituciones. De ahí la sensación de envejecimiento. En realidad, hay una ausencia de proyecto común. Es el encadenamiento de tres factores: la decepción, la frustración y la expectativa. La creencia en el gobierno se fisura y el porvenir da miedo. La duda se transforma en silencio político cómplice y en individualismo estrecho. Hay un sentimiento difuso y contradictorio de orden y de cambio.

Cuarta observación: la hipermediatización de la política permite al neopopulismo pasar por encima de las mediaciones institucionales

⁵ N.T: Las comillas son nuestras.

y de cortocircuitar el sistema político. Lo que es nuevo, en el marco del fenómeno neopopulista, se resume en una palabra clave: los medios. La forma emocional se superpone aquí a la palabra reflexionada.

Efectivamente, el populismo contemporáneo es, en gran parte, un hecho mediático. Las nuevas tecnologías de la comunicación han favorecido el despliegue de nuevos ritos de lucha política, en que la personalidad y la influencia de los hombres políticos se miden por la popularidad de su imagen televisiva. Así, el espacio público propuesto por los debates televisivos se sitúa fuera del campo clásico de la política institucional, incluso de los parlamentos.

Cada uno sabe hasta que punto la televisión ha reducido el contenido del mensaje político en imagen minimalista, en que la emoción, la seducción y la manipulación de los efectos retóricos ocupan el lugar central. Es una pseudo política de la instantaneidad, del deseo sin mediación ni realización. En consecuencia, el campo del nuevo populismo es más amplio que la simple presencia de formaciones "populistas". Las sociedades de consumo están sometidas a las reglas del marketing y de la satisfacción inmediata; es por esto que los hombres políticos y los hombres de comunicación no escatiman en promesas demagógicas concernientes a los grandes temas de preocupación nacional: la inseguridad/violencia, la inmigración/invasión y el crecimiento económico/cesantía. Los líderes hacen creer que pueden cambiar la realidad con el solo poder de la palabra, frente a un escepticismo cada vez más grande del público objetivo.

Quinta observación: los movimientos nacionales populistas contemporáneos en Europa presentan todos, con distintas inflexiones, las siguientes características:

- 1º la llamada personal al pueblo lanzada por el líder;
- 2º la llamada al pueblo entero –a excepción de las elites ilegítimas, sospechosas de "complotar"–, y la perspectiva es un movimiento nacional;
- 3º el llamado directo al pueblo auténtico, que permanece idéntico a "sí mismo" (es decir conservando su identidad nacional);
- 4º la llamada al cambio, que implica una ruptura purificadora por el presente ("el sistema", supuestamente "corrompido"), inseparable de una protesta antifiscal (a veces vinculada a la exigencia de referéndum de iniciativa popular);
- 5º la llamada a limpiar el país de elementos supuestamente "inasimilables" (nacionalismo de exclusión, preferentemente anti inmigracionista).

Si estos elementos son compartidos por el antiguo y el nuevo populismo, hay que reconocer que el vector novedoso es la utilización pervertida de los medios.

Se puede ver ahí igualmente la multiplicación de estos nuevos partidos-movimientos y la emergencia de una nueva extremaderecha "postmoderna" y más bien "post-pacifista" que "neofascista", como lo dicen algunos militantes de izquierda.

Sexta observación: la actitud populista es la constituyente de toda política democrática: no hay discurso político sin referencia al pueblo. Es un fenómeno de transición eruptivo y casi efímero, que se desarrolla bajo la presión de una crisis generalizada que se volvió crónica. Es la desazón de las masas populares frente al inmovilismo de una aristocracia de Estado en el poder, que se considera competente y propietaria de los lugares. El populismo está asociado ya sea al fracaso de los regímenes

autocráticos, ya sea al fracaso de los regímenes democráticos corruptos. Es la falta de libertad, tanto como la desilusión de la igualdad lo que empuja a las masas hacia otras salidas.

Séptima observación: Lo más fuerte y a la vez lo más insondable de la realidad populista, es el fondo emocional que la sostiene. Los trabajos de Goleman (1995) hicieron pensar que los líderes populistas tenían inteligencia emocional⁶. Los antiguos trabajos (hoy día olvidados) de Ribot hablan de una racionalidad afectiva a través de la cual se manifiesta una suerte de lógica de sentimientos. Es probablemente ahí donde la sorprendente vitalidad que se desprende del populismo sea, en última instancia, más una alarma afectiva que una explosión de violencia destinada a arrasar con todo bajo su paso, como lo temen sus adversarios. Sin duda, puede transformarse en un peligro latente: una reacción de cólera y de desconfianza hacia las instituciones.

Octava observación: hay en la apelación al pueblo la evocación de los grandes mitos fundadores. Ahí están su fuerza y su razón de ser. Los símbolos desempeñan un rol de reconocimiento increíblemente acelerado por la esperanza de una vuelta al equilibrio de antaño. Formidable caballo de batalla en plena expansión, el líder de una noción capital que atraviesa toda la problemática del hombre y de la ciudad. Es el vector psicológico fundador de todas las organizaciones que componen la estructura social. No es un azar que la cuestión del líder se encuentre en el ojo del huracán de la crisis global de la modernidad. El ideal de autonomía del hombre moderno se descompone, así como también el sistema que le da sentido. El conformismo abrazó el individualismo y el statu quo, vuelve la situación tensa entre una masa a la expectativa de un salvador

y una elite cada vez menos en contacto con la realidad concreta.

Novena observación: la figura más clásica del populismo político es la del hombre providencial carismático. El estilo de este líder es un juego de seducción y de saber hacer, en que la apuesta se acompaña de una energía extraordinaria y de una visión de futuro.

El líder populista emerge de manera abrupta, aparentemente de ninguna parte, sin aparato estructurado ni doctrina elaborada. Un self-made man⁷. Popular por su proceso, tanto como por su lenguaje, encarna la tradición de la tierra y la innovación técnica, con una voluntad desencarnada de réplica. No es un profeta, menos un César, sino alguien que atraviesa el firmamento social y político como un meteorito, con mucha prestancia y una palabra arrasadora.

Algunos investigadores (House 1992, Rondeau 1986, Barbuto 1997) piensan que el líder carismático asume un rol de transformación. Cuatro puntos son evocados a este respecto:

- la inspiración: el líder incita a los miembros del grupo a sobrepasarse a sí mismos para el éxito del conjunto;
- la consideración: el líder actúa como un mentor respecto de aquellos que tienen necesidad de ayuda para desarrollarse;
- el envalentonamiento: el líder estimula nuevas maneras de visualizar el cambio de creencias y de valores;
- la identificación: el líder representa, a la vez, la encarnación de un proyecto colectivo y la voluntad de captar la adhesión de un número de personas cada vez mayor.

⁶ N.T: En referencia a la noción de inteligencia emocional introducida por este autor y presente en una obra traducida al español con el nombre de "La Inteligencia emocional".

⁷ N.T: Del inglés, expresión que grafica un hombre que se ha hecho a sí mismo.

Décima observación: el líder populista se distingue de otros tipos carismáticos (Dorna 1998) por la plasticidad pragmática y la habilidad emocional exuberante con la cual fecunda el tiempo del cambio. Su actitud de base es aquella del gran hermano, cercano, que busca el contacto directo y el diálogo con todos. La comunicación es horizontal y calurosa. Los intercambios son abiertos, vivaces, directos. Es la imagen viviente del hombre disponible, simple, que aparece sin afectación ni cálculo.

Undécima observación: la dinámica populista se funda sobre un proceso de afiliación imitativa entre el líder y los seguidores. Hay en estos últimos una suerte de mezcla, de racionalidad y de afectividad que reside en el interés compartido, la sumisión y la identificación, a fin de beneficiar a un poco – por similitud- de un aura y de prestigio respecto de los otros. No es inútil insistir sobre otro punto de la reacción imitativa: a pesar de que la masa no “fabrica” al líder, ella lo preexiste en el seno de una cultura y de una situación compartida. Es ahí, en última instancia, donde se puede buscar el sentido de la imitación, los límites de la racionalidad y la asunción de mecanismos de autoridad. El líder populista carismático, mientras tanto, no hace más que sacar provecho, si es hábil, de su manejo de los elementos de la situación que le son favorables.

Duodécima observación: el líder carismático populista posee un gran manejo de las emociones y una capacidad de manipular las cuerdas más sensibles de la afectividad, tanto como derrochar él mismo una simpatía contagiosa. No es solamente un rasgo de carácter, sino una forma de saber, saber que se aprende y se desarrolla, incluso tardíamente (Goleman 1995). Hay que recordar que la lógica del síndrome neopopulista es de naturaleza afectiva. Así, el discurso explicativo puramente racional no es suficiente. Más todavía, induce a errores de diagnóstico y olvida, o deja fuera por

desconocimiento, los datos subjetivos, es decir las verdaderas preguntas de una sociedad en crisis.

Puede parecer ingenuo recordar que la lógica de la razón queda corta para proporcionar explicaciones, sin la consideración de la lógica del corazón. En efecto, incontestablemente, es ahí donde se sitúa el talón de Aquiles de la ciencia política clásica y, todavía más, de la práctica discursiva de las elites gobernantes, demasiado capturadas en la armazón tecnocrática y la mecánica calculadora de un pensamiento único. La psicología política del discurso reencontrará ahí tanto su razón de ser como su terreno de predilección.

La retórica política por medios interpuestos

La vía política contemporánea se encuentra en una crisis en la cual la tecnología desempeña un rol inesperado. La asunción de gruesas máquinas de comunicación (publicidades, sondeos, prensa) modificó profundamente la manera de hacer política y, de rebote, personaliza más el proceso. Nadie puede quedarse indiferente a la imagen mediática, pues ella proporciona a los hombres políticos notoriedad y visibilidad. De hecho, la memoria colectiva está llena de imágenes televisivas cuyo contenido está cada vez más “formateado”. Una sola imagen catódica puede hacer o deshacer una carrera política y dar a una persona una fuerza casi hipnótica, con un contenido discursivo reducido a treinta segundos de palabra, pues el poder persuasivo de la televisión descansa mucho más sobre el impacto de la emoción que sobre la construcción razonada de mensajes. El *pathos* gana ampliamente sobre el *logos*⁸.

⁸ N:T: Ambos en cursivas en el texto original.

Las reflexiones de Bourdieu (2000) a ese respecto, son reveladoras de un malestar intelectual. La pantalla chica no facilita el aumento del nivel cultural ni el pensamiento crítico. Al contrario, nivela hacia abajo y genera conformismo hacia arriba. Más precisamente, la televisión –escribe Bourdieu– puede esconder cosas importantes mostrándolas. “De una cosa a otra, la televisión que pretende ser un instrumento de captación de información, se transforma en un instrumento de creación de realidad”.

Inútil es insistir sobre las importantes observaciones, aunque viejas, de McLuhan condensadas en su célebre fórmula: el medio es el mensaje. Pues los medios están lejos de ser una simple caja de resonancia de la palabra política. Al respecto, cada uno sabe que muchos elementos se articulan para aumentar el poder del médium: las medias amplifican de manera perversa las palabras políticas, produciendo imágenes selectivas cuyos contenidos son generalizables, a veces, de manera exagerada. Sin olvidar que ciertos propietarios de medios de comunicación se han transformado también en responsables políticos altamente situados. El caso de S. Berlusconi es notorio. Cada vez con mayor fuerza, otras variables parasitarias pesan enormemente: los filtros de las agencias de información y de los comités de redacción y, finalmente, las paradojas de la mundialización de la información.

La televisión se transformó en el ágora del espectáculo político y de “la cultura mercantilizada”. Un periodista, F. H. de Virieu, concector y animador de “La hora de la verdad” (prestigiosa emisión de los años 80 y 90), revela su intención subyacente, luego de una entrevista (Ghiglione, Bromberg 1998) fuertemente ilustrativa. Escuchémoslo: “lo que yo quiero es permitir a la gente hacer un poco de “shopping” democrático. Les muestro un “pro-

ducto”. Les digo: he ahí el artículo. Es así, piensa así, se comporta así. Mírenlo a los ojos, mírele su rostro, se atrevería a hacerle auto stop si así lo requiriera” y luego, se explica con lucidez su propio rol: “los periodistas son los más grandes responsables del pensamiento único, de la retracción del campo de la reflexión”.

La constatación es lapidaria: los medios de comunicación se apropiaron del espacio público y, en consecuencia, un puñado de periodistas puede manipular la opinión y gestionar las imágenes de los hombres políticos. La pantalla chica hace estallar los valores republicanos y valoriza la cultura del narcisismo. Es la cristalización de la post modernidad con sus movimientos y su cohorte de sentimientos de vacío, de soledad, de insatisfacción, de frustraciones y de avideces mezquinas. Síndrome psicológico de una crisis de deconstrucción. Es por esto que el análisis del discurso político no puede contentarse con cualificar las palabras y con subrayar las ocurrencias. La comprensión cualitativa de sus vínculos con la realidad social se impone, bajo pena de contentarse de una “anátomo-patología-lingüística”, la cual puede describir todo, sin explicar nada y todavía menos, predecir. Las pocas informaciones sobre los efectos de la palabra política son una prueba de ello.

El discurso político: identificaciones, denotadores y otros indicadores

El estudio del discurso político se inscribió en estos últimos años, con razón o no, en el movimiento de ideas y de métodos de las (micro) teorías salidas de la lingüística contemporánea. Así, para los analistas del discurso, el discurso tiene como objeto el discurso en sí mismo. De ahí la tendencia de la investigación a reducir la palabra política (discurso natural) a los mecanismos clásicos de la lengua.

La tarea se revela entonces una verdadera peregrinación en un territorio en que los meandros del lenguaje y de sus derivaciones, hacen que el objeto corra riesgo de evaporación entre los efectos pirotécnicos y las fascinación que ejercen el paradigma cognitivo-lingüístico y el retorno insidioso de la filosofía del espíritu. Es una tentativa para volver – mutatis mutandis – a las búsquedas de mecanismos lógicos, abstractos y racionales, forzosamente atribuibles a un sujeto individual – universal, cuya referencia obligada continúa siendo la aprehensión de reglas de la gramática, del léxico, de la fonética, de la morfología y de la semántica. Pues, sin negar el interés de una aproximación psicológica-cognitiva del discurso, en el sentido amplio del término, es la naturaleza misma del discurso político lo que (nos) obliga a reconocer y a poner por delante otros parámetros tan importantes como aquellos: la sociedad y sus disfunciones, las situaciones históricas, las tensiones del poder, la cultura y sus normas, el “tempo” de los procesos sociales, los proyectos colectivos, los sentimientos compartidos o sujetos a polémica. La discursividad política es aquí una palabra que se “fabrica” más bien en el afuera que en el “adentro” de los sujetos políticos, sobre todo en el seno de una dinámica compleja de interacciones inteligible e identificable a condición de apoyarse en la idea siguiente: el análisis del discurso político in situ se encuentra doblemente sobredeterminado, primero, por el peso de los antecedentes psico-socio-culturales que agencian la historia y la vivencia de la comunidad humana; y luego, por las percepciones del porvenir, los miedos y los proyectos colectivos en un marco concreto de existencia. He ahí, entonces, una mirada más amplia, hecha de cierto distanciamiento, de una comprensión del estado de la cohesión social, del régimen político instalado y sobre todo, de las ideologías (visiones de conjunto) que constituyen, forman y deforman las continuidades y las rupturas en el marco de una misma civilización. Es ahí donde asume su impulso y toda su im-

portancia el enfoque que nosotros atribuimos a la psicología política (Dorna 1998, 2004), en el corazón de las ciencias humanas y sociales, que se reclaman de una postura heurística transversal e integrativa, descriptiva y crítica, a fin de abrazar los aspectos psicosociológicos de la interacción comunicativa en su contexto inmediato y lejano, con el propósito de identificar y evaluar mejor los elementos intelectuales y emocionales que hacen de la palabra política una *praxis*⁹ que visualiza la persuasión.

Ciertamente, aunque no sea éste el lugar para mostrar el alcance de los límites de estas preguntas, hay que recordar la necesidad de situar el discurso político en una marco histórico y cultural, más todavía si se trata del discurso populista, que no puede ser analizado independientemente de la situación de crisis, de la problemática de la identidad nacional y de la presencia de una contestación del *statu quo*¹⁰ en un momento histórico dado, a pesar de que faltan aún criterios útiles para el análisis de la temática.

Esperando la ampliación de la visión de conjunto en el estudio del discurso político, algunos trabajos y estudios empíricos (Ghigliotti et al 1996, 1989, Dorna 1996, Dorna 1991) han permitido la afirmación de ciertas premisas alentadoras:

- la palabra política remite a los mecanismos de la influencia y de la persuasión social;
- el discurso político visualiza objetivos precisos: hace actuar al otro en el sentido deseado por la fuente;
- el proceso de persuasión discursiva se sitúa delante de un desafío, cualquiera que sea su importancia;
- el discurso político se estructura bajo la forma de patrones estratégicos, cuyas huellas

⁹ N.T. En cursivas en el texto original.

¹⁰ N.T. Idem.

lingüísticas son identificables por un análisis de la forma del texto;

- las lógicas de persuasión lingüística son desplegadas en función de la situación de interlocución;
- la palabra política se articula sobre la base de una lógica de lo verosímil, más que de lo verdadero;
- la utilización de los efectos discursivos emocionales hace parte inherente de la palabra política;
- las formas discursivas (reflexionadas o espontáneas) están sobredeterminadas por la historia y la cultura de la sociedad implicada.
- Las habilidades discursivas del hombre político se acompañan de un repertorio de comportamientos fuertemente adaptados al rol de portador y vocero de las masas.

El hombre político populista y sus roles discursivos

Lo que conviene retener, sin duda, de los movimientos populistas es su "necesidad estratégica" de hombres "voceros" capaces de ordenar cierta visión del mundo, y hacer que un gran número de personas la comparta. A lo largo de la historia de los pueblos, se observa la presencia de hombres con extraordinarias cualidades de mando, que asegurando la transformación (que se torna necesaria) de la regla de coexistencia social y política de una sociedad, se autoinvisten del rango de constructores de los mitos fundadores. Es el hombre apropiado, en el momento y en el lugar apropiados. En una palabra, es el hombre que será capaz de desbloquear una situación bloqueada. Algunos de estos hombres son sujetos de grandes cualidades, pero son las condiciones extraordinarias de la situación de crisis las que los modelan y los empujan a sobrepasarse y a anticiparse. De ahí nuestra intención (Dorna 1998) de incorporarlos en el marco de una tipología carismática.

¿Cómo describirlos en sus relaciones con la problemática del discurso?

Esquemáticamente:

- a) Es un actor estratégico cuya palabra constituye un instrumento de persuasión. Él se apropia del lenguaje, a fin de transformar sus relaciones con el otro, de convencer y de romper con el encierro de las sociedades políticas.
- b) Es un constructor de realidades discursivas (*mundi imago*) en conformidad con sus objetivos. La palabra le permite rechazar el mundo único y el statu quo considerado como una fatalidad.
- c) Es un conquistador cuyas habilidades discursivas le abren las puertas del corazón de las personas.
- d) Es un negociador hábil e instruido, que sabe dirigirse con el mismo relajo y la misma coherencia a todas las categorías sociales.

En una palabra: hombre de la situación, maestro de las palabras y formidable agente de cambio, dado a todas las funciones discursivas.

Las funciones del discurso político

El discurso político expresa la voluntad de aprobación y/o de rechazo (prescriptivo/valorativo), cuyo objetivo es organizar en un momento dado la sociedad en torno a valores fuertes, por la búsqueda de la adhesión mayoritaria de los miembros de un grupo. Posee una connotación ideológica que lo caracteriza más allá de las oposiciones clásicas (conservadores/progresistas; izquierda/derecha), a fin de promover una acción colectiva sobre la base de creencias fuertemente ancladas en la memoria colectiva. Más precisamente, Reboul (1980) hace del discurso político el vehículo por excelencia de las ideologías, cuyos efectos son la adhesión y la manipulación de los

adherentes, tanto como el rechazo (incluso la exclusión en los casos extremos) de los adversarios.

¿Cuáles son sus grandes funciones?

- *La función estructurante.* El universo político, por oposición al universo de la guerra, se agencia a través del diálogo y el intercambio de opiniones. Sin palabra persuasiva, ninguna política es posible. La cohesión social exige una coherencia cognitiva y comportamental. La ideología política actúa, primeramente, en esta dirección y llena el espacio público en segunda instancia.

- *La función decisional.* El discurso desempeña un rol esencial en la toma de decisiones, pues la política tiene necesidad siempre de producir sentido para informar, persuadir y convencer a los miembros de una comunidad social organizada políticamente.

- *La función pedagógica.* La política, sobre todo a nivel gubernamental, implica una comunicación a la vez formativa, instructiva y educativa. Se trata de desarrollar las actividades de instrucción y de formación del espíritu de la comunidad política y de enseñar todos los usos de la sociedad en una perspectiva común.

- *La función terapéutica.* El discurso político (a través de la ideología que vehicula) aporta no solamente una coherencia, sino también una simbólica, capaz de organizar el sentido colectivo de equilibrio, de seguridad y de racionalización, a fin de sobrepasar las dudas y los estados de ánimo que los cambios producen en el individuo.

- *La función retórico-persuasiva.* Olvidamos a veces que la razón de ser de un discurso es hacer actuar al otro.

- *La función de propaganda.* La política propaga siempre ideas y se esfuerza por acentuar, modificar o cambiar a la opinión pública (doxa). Pues el objetivo es desacreditar, incluso aniquilar, destruir las informaciones y las opiniones de sus adversarios, particularmente de sus enemigos.

- *La función identificatoria.* Hay en el discurso político, cuando es exitoso, una capacidad de provocar la identificación y de expresar las representaciones fantasmáticas constitutivas de una dimensión subyacente común a un grupo, una cultura o una civilización.

- *La función prospectiva.* El discurso político (populista sobre todo) es una construcción prospectiva que pone de relieve, por los juegos del lenguaje, los antecedentes de la situación (generalmente crítica) y a través de ello, favorece la toma en consideración de cierta visión de porvenir en la apreciación de decisiones del presente.

El discurso populista: la trampa maquiavélica y algunos indicadores discursivos

Lejos de ser un discurso cualquiera, el discurso populista es, de alguna manera, una "oración" exuberante de crisis, generalmente sostenida por líderes percibidos como "salvadores". Demasiado, quizás, en algunos casos. Existen así, en la situación misma, las condiciones para el desarrollo de una actitud maquiavélica de poder y de un discurso en que las zonas de clarooscuro y las pasiones encierran un territorio completamente favorable.

La maquiavelización de la práctica política

Luego de un informe de investigación (Dorna 1996), se formula una hipótesis: la actitud maquiavélica puede constituir la cara escondida de la actitud democrática. Si esta apreciación exige todavía ser verificada, una cosa es cierta: hay una maquiavelización acentuada de los aparatos políticos y de los rodajes de la "gubernancia" moderna. La actitud tramposa y disimulada de la técnico-política, puesta en evidencia en otro tiempo por Maquiavelo, se instaló de nuevo, de manera manifiesta, mutatis mutandis, en las prácticas del personal político de las democracias representativas. Hay que recordar que el personaje maquiavélico es un síntoma de las situaciones de crisis donde la clave reside en la ambigüedad moral de las relaciones interpersonales, los comportamientos de manipulación emocional y el gusto por las relaciones de fuerza. Así, los líderes neopopulistas actuales tienen algo de común con los ancianos "condottieros" italianos de principios del renacimiento: el manejo de las situaciones, la brutalidad de los métodos, la voluntad de poder y una agudeza emocional remarcable. El gran maquiavélico no se deja detener por las convenciones morales o culturales de su propio medio. Sus coartadas son numerosas: la capacidad de presionar o de traspasar los puntos débiles del otro, la calma ("cabeza fría") y la falta de compromisos ideológicos fuertes, lo que le da un aura de fuerza y de poder cuando ejerce el poder.

Con toda certeza, los comportamientos maquiavélicos se encuentran fuertemente reforzados en las situaciones donde la ambigüedad reina. Hay que recordar que justamente son las situaciones de crisis democrática las que se revelan las más sensibles a la ambigüedad; además, el hombre político maquiavélico, contrariamente a la leyenda, no es un "computador" frío y calculador, tramposo y sin escrúpulos. No hay que olvidar que la acción

política de los maquiavélicos se inscribe generalmente en el orden establecido de las cosas.

Las experiencias de Christie y Geis (1979) son probatorias al respecto. De este modo, los maquiavélicos son generalmente ganadores cuando se satisfacen cuatro condiciones:

- la situación es fuertemente ambigua. En este caso, no hay objetivos comunes bien definidos.
- La relación es cara a cara. Una remarcable innovación técnica ha introducido un medio de amplificar el poder de la comunicación de masas, desarrollando relaciones cara a cara: la televisión. Los hogares se transforman en pequeñas ágoras y la presencia de una personalidad política se impone de manera disimulada, en un clima de casi intimidad.
- Las reglas de los intercambios están poco estructuradas. La improvisación está siempre del lado de los maquiavélicos.
- El compromiso afectivo de los interlocutores. Todo exceso de ansiedad en los no maquiavélicos deteriora su performance y da a los maquiavélicos grandes ventajas.

El retorno insidioso de las personalidades maquiavélicas sobre la escena política es uno de los mayores indicadores de la descomposición de los principios democráticos. La práctica de las elites intelectuales demasiado escaladas por el fracaso de los modelos utópicos, se limita, cada vez más, a una suerte de conspiración del silencio a la inversa. O a veces, a una adhesión vergonzosa a las prácticas de la ingeniería social y a la sobrevaloración del saber de los expertos como palanca única de la buena gestión de los asuntos del Estado. De ahí la superficialidad de un realismo cínico y la renuencia a todo compromiso militante. Elementos desordenados, ciertamente, pero que pueden dar una luz inesperada sobre las funciones del discurso político.

El peso de las palabras, las figuras de estilo y la influencia ideológica

La consideración de las actitudes maquiavélicas puede revelarse fuertemente útil para la apreciación de las actitudes de los sujetos populistas. Muchos indicadores lingüísticos testimonian de ello: la fuerte frecuencia de los verbos fácticos, la personalización del discurso, y la utilización frecuente de las modelizaciones. El asumir el discurso en tercera persona del singular. La manera simplificada de la expresión (pobre en vocabulario, eliminación de los conceptos abstractos y de razonamientos lógicos complejos), las frases cortas y la presencia de numerosas fórmulas argumentativas. Las proposiciones y las imágenes son recurrentes, pero el signo distintivo es la tendencia a componer bloques argumentativos, ya sea en términos positivos, ya sea en términos negativos, y alternarlos a fin de dar una impresión de equilibrio. Estas pistas forman un síndrome de indicadores discursivos propios a la palabra populista, que serán evocados un poco más adelante.

Además, sin entrar demasiado en los detalles otros elementos sociolingüísticos hacen parte de la osamenta del discurso populista. Ellos ameritan ser recordados.

A saber:

El peso de las palabras. Tomemos una historia tristemente conocida. Casi todo el mundo creyó que el medio más poderoso de totalitarismo nazi fue la ideología del odio contra los judíos y los bolcheviques, expresada con vehemencia y no sin talento por Hitler mismo. Pero V. Klemperer (1947-1996), filólogo y víctima del drama, nos mostró que la unidad de análisis de la propagación masiva de la ideología no era propiamente el discurso, sino las palabras que se implantaron por todas partes. Él juzga sí, que mucho más que los conceptos, las palabras son los tiranos más poderosos.

Escuchémoslo: “cuántas veces no escuché el ruido de las cartas que se estrellaban contra la mesa y las conversaciones en alta voz a propósito de las raciones de carne y de tabaco y sobre el cine, mientras que el Führer, o uno de sus paladines, sostenía prolijos discursos y luego se leía en los diarios que el pueblo entero los había escuchado con atención” (p. 39).

Contrariamente a ello, el verdadero secreto de la influencia de la propaganda y de la persuasión reside en las palabras que cristalizan el estado emocional del momento y reconstruyen los valores comunes, hasta provocar una perversión cognitiva y desarrollar una voluntad de exclusión y de odio del otro. Son también las palabras las que glorifican los símbolos que llaman a la fusión grupal.

Conviene reconocer con Klemperer que el discurso inspirado por la lógica formal – dirigido a la conciencia y la razón – no provoca entusiasmo y muy poca adhesión inmediata; son las palabras que tocan y actualizan los nudos referenciales más anclados en la subjetividad colectiva las que cumplen esa función. Son ellas las que poseen las claves de los automatismos que dan forma a los sentimientos hasta formar el lenguaje emocional de base, en tanto ellos evocan procesos reprimidos, es una red verbal de impresiones, de vivencias y de deseos que incorporan las cosas de manera misteriosa y global. Y por un proceso de efecto “halo”, como una suerte de evidencia (subjetiva) es la puesta en escena del alma del pueblo, incluso de la nación.

Hay que insistir sobre otra constatación preciosa. Esas palabras no son para nada nuevas, son las mismas que forman el vocabulario ordinario, salvo que son sutil y progresivamente sustraídas de su valor habitual y repetidas de manera cada vez más frecuente. El lenguaje totalitario no hace más que exacerbar los mecanismos psico-sociológicos de rechazo y de apropiación del sentido a través de los signos y de los símbolos reconocidos

por todos. El discurso político y la propaganda no forjan palabras, sino que cambian su valor y su frecuencia. Y, en los casos extremos, son requisadas por el poder y confiscadas por el jefe.

Las figuras retóricas. Imposible hacer abstracción y no evocar la utilidad de los efectos retóricos. Las formas retóricas del discurso han sido desde principios de la democracia (Siglo V A.C.) las puntas de lanza de la persuasión. Inútil volver a hacer aquí la exposición de las diversas formulas oratorias y de estilo, de las cuales las referencias son clásicas.

Tomemos, a título de ejemplo, algunos extractos de la pieza de teatro "Julio César" en que Shakespeare escenifica el enfrentamiento de Marco Antonio y de Brutus. Aquí, la puesta en escena hace de la palabra un instrumento de una remarcable potencia, capaz de levantar la cólera de las masas y de hacer abortar la conspiración de Bruto y de sus cómplices.

Primero, un breve recuerdo del contexto histórico: Brutus acaba de matar a Julio César. Discute con los conspiradores sobre las modalidades de la ceremonia funeraria. Expone su voluntad de subir a la tribuna para explicar el porqué de la muerte de César y el interés de dejar a Marco Antonio tomar la palabra en el rito funerario. Y Marco Antonio intenta ampararse, en alguna medida, en la hábil censura de Brutus cuando dice: "Usted no nos censurará, sino que dirá todo lo bueno que usted piensa de César, agregando que nosotros se lo hemos permitido. De otra manera, usted no tendrá ninguna participación en los funerales."

El pueblo está ahí esperando, abatido por la muerte del César, pero sensible a las justificaciones de Brutus, que concluye diciendo: "He aquí el cuerpo del César. Llorado por Marco Antonio. Quien, a pesar de que no participó en esta muerte, recibirá un beneficio: un lugar en la comunidad como cada uno de ustedes. ¿no es cierto? Y yo agregaré partiendo,

todavía esto: que habiendo matado a mi mejor amigo por el bien de Roma, yo volveré la misma daga contra mí cuando a mi país le plazca reclamar mi muerte."

Marco Antonio se aproxima a la tribuna. Un silencio acompaña su paso. Su discurso es esperado. Un discurso que en su fuero interno tiene por objetivo provocar la revuelta del pueblo contra Brutus y sus cómplices. Pues esta toma de la palabra no debe de ninguna manera desafiar abiertamente las normas formalmente impuestas por Brutus. Es por la utilización de diversos medios retóricos, particularmente las figuras, como Marco Antonio realiza la proeza de suscitar la cólera del pueblo y, por este medio, la muerte de Brutus y de sus seguidores.

El discurso comienza por una alegoría: "Romanos, mis amigos, mis conciudadanos, escúchenme, yo vengo a enterrar a César, no a juzgarlo. El mal que los hombres han hecho vive después de ellos, el bien, a menudo se entierra con sus huesos: que así sea para César."

Luego, la ironía le permite tomar distancia y asumir una estrategia de persuasión: "aquí, con el permiso de Brutus y de los otros (pues Brutus es un hombre honorable, de hecho todos lo son, todos honorables), yo vengo a hablar sobre el despojo de César..." con esta fórmula repetida varias veces ("Brutus es un hombre honorable") Marco Antonio logra hacer que el público escuche lo contrario de lo que él anuncia. Y, particularmente por la preterición, que permite hablar de lo que se pretende no decir, trata de suscitar curiosidad y connivencia por parte del auditorio: "por tanto, he aquí un pergamino (en la pieza, lo muestra al público, y se trata de un gesto cuya elocuencia es manifiesta) con el sello de César. Es su testamento, yo lo encontré en su despacho. Ah! Si el pueblo lo conociera... (Excúsenme, yo no lo voy a leer)..." después de una pausa, prosigue: "[...] paciencia, mis amigos, yo no

debo leerlo. No es bueno que ustedes sepan cuánto los amaba... es mejor que ustedes no sepan que son sus herederos, pues si lo supieran ¿en qué se transformaría él?”.

El orador se calla. Un gran silencio. Echa una mirada evaluativa en dirección al pueblo, mostrando simultáneamente el “testamento” de César. Pues dejó entender que hay otras revelaciones que hacer. La masa pide la lectura del testamento. La plebe se agita. Y Marco Antonio, para marcar mejor el paso de lo sugerido a lo mostrado, retoma la palabra: “Sean pacientes. Esperen un poco. Yo me dejé llevar para hablarles de esto y tengo miedo de haber generado un problema para estos hombres honorables cuya daga traspasó al César.”

El pueblo quiere saber. Reclama la lectura del testamento. Marco Antonio duda, y cuestiona, para implicar mejor al auditorio: “¿A sí? ¿me obligan ustedes a leerlo?”. Y demanda la autorización al pueblo, erigido de esta manera en poder superior al poder de aquellos que lo autorizaron a hablar, Marco Antonio interroga: “¿puedo descender?”. La interrogación retórica sigue al gesto. Una vez abajo, pide que todos rodeen el cuerpo de César. Y muestra los lugares en los cuales la daga atravesó a César. Cada lugar es mostrado con el dedo y con una cadencia que acompaña la voz.

La palabra emana, fluida. El orador guarda una postura respetuosa. Luego, retoma la palabra con un nuevo juego de pretericiones, de ironía, de metáforas, de repeticiones y de interrogaciones retóricas. La emoción empieza a crecer.

“Queridos amigos, buenos amigos, yo no quiero desencadenar una revuelta.”

“Los que hicieron esto son honorables” (la ironía es pesada).

“¿Saben ustedes lo que ustedes van a hacer, amigos míos?” (la interrogación prepara el momento de verdad).

“¿Saben ustedes por qué César mereció vuestro amor? No, sin embargo. Él fue lo que yo les digo.”

“Ustedes olvidaron el testamento.”

El pueblo permanece mudo, sin aliento, y demanda conocer su contenido.

Marco Antonio hace la lectura del testamento de manera solemne, hasta el punto de generar la indignación, luego la cólera del pueblo, que, desde ese momento, marcha hacia la casa de Brutus.

Shakespeare hizo de este drama político un paradigma de la potencia de la palabra. Él refuerza por la puesta en escena teatral el mito de un levantamiento “espontáneo” – fuertemente pertinente para nuestros propósitos- de la plebe romana y del aura del orador, Marco Antonio, como catalizador de un suceso. Pero a nuestros ojos (el análisis discursivo obliga), nada es mas revelador que el rol desempeñado por las numerosas figuras retóricas. Ellas están ahí, no solamente para embellecer la trama discursiva, sino para darle la consistencia y pertinencia emocional. Por otro lado, se puede percibir que el estilo persuasivo de este discurso descansa en la intensidad de las modelizaciones, masivamente utilizadas por el orador en la puesta en escena de sus palabras y la cantidad de fórmulas retóricas. Además, los indicadores lingüísticos de acción (verbos pasivos, declarativos y fácticos) son distribuidos con un equilibrio sorprendente.

Evidentemente, no es el momento de retomar el conjunto de los indicadores socio-lingüísticos y de las herramientas establecidas por

Ghiglione y sus colaboradores (1986, 1989, 1991) para explorar los universos discursivos, los mecanismos y los nudos generadores de referencia bajo la forma proposicional.

La influencia ideológica. Si la potencia del discurso populista reside en sus formas retóricas, nadie duda que su vehemencia se extrae desde el fondo de sus raíces ideológicas. La solidez del *corpus* del discurso populista es a toda prueba (o casi). Hay ahí, en dosis desiguales: la creencia ingenua y desgastada de inocentes que sufren la dogmática de las ideologías primarias, pero a veces muy finas y sofisticadas, y los talentos catalizadores de personajes novelescos y carismáticos que se transforman en guías de los marginados. Este cóctel “Molotov” imaginario permanece siempre volcánico. Su estallido recuerda, a menudo, una virulencia telúrica delante de la cual toda tentativa de indiferencia tiene que ver con la inconciencia o la pura cobardía intelectual y psíquica.

La ideología populista es entonces una actitud de interpelación que demanda a todos posicionarse a favor o en contra: una situación (*statu quo*), un poder injusto (*la elite instalada*) y un hecho inabordable (una crisis profunda de la sociedad), tanto como un ideal ancestral (la voluntad del pueblo), lo que exige abandonar los presupuestos reduccionistas y los clivajes habituales.

El discurso populista no piensa que la sociedad esté dividida de manera antagónica, sino que ella se confronta a impasses que hay que poder sobrepasar con el impulso de la voluntad general. Así, al *contrario* de aquellos que piensan que las clases están sobre determinadas por las relaciones de producción, el discurso populista reconoce (Laclau) que “el carácter de clase de una ideología le es dado por su forma y no por su contenido”.

En consecuencia, el populismo expresa una forma discursiva que trata de articular las interpelaciones que le dieron una razón de ser inicial, en un tiempo y en un espacio político identificable, en el seno de una cultura y una historia, cuya herencia pertenece al pueblo y se encuentra en el substrato de su memoria nacional.

El tratamiento de la articulación se hace entonces sobre la base de individuos unidos por vínculos nacionales. Es precisamente este telón de fondo de significaciones compartidas, lo que le permite querer sobrepasar los antagonismos y los clivajes políticos tradicionales. Para comprender mejor la dinámica del discurso populista, hay que recordar siempre que se trata de un movimiento en el corazón de una situación de crisis. Todavía más: cuando una agrupación importante de la sociedad (incluso de una clase social) está en proceso de deshacerse para transformarse en otra cosa aún indefinida, se impone entonces una nueva articulación, ya sea bajo la forma de la identidad perdida, o de una oposición a aquello que la produce y que es sentido como una amenaza vital. Pues hay una ruptura con los elementos que permitían un equilibrio hegemónico expresado por aquellos que están encargados del poder. De ahí la necesidad de una rearticulación de contenidos contradictorios que amenazan caer en la desmesura. La noción griega de *hybris* expresa perfectamente este estado de ánimo de un pueblo.

Última consideración sobre la ideología populista: lo que es verdaderamente populista no reside en el movimiento en sí ni en la forma del discurso, sino, sobre todo, en la articulación de los residuos de la cultura histórica y de la memoria emocional de un pueblo. Es justamente ahí el discurso populista encuentra la inspiración y el fervor mimético. En efecto, no hay una subjetividad interna productora de

sentido, sino más bien una subjetividad fuera del discurso. Aquí, el sujeto individual no es la fuente autónoma del mundo, sino la consecuencia de las interacciones interpersonales y de las mutaciones culturales, de las cuales el sujeto colectivo es el término.

En suma: el discurso populista permanece, en la forma, probablemente, el modelo más cercano de la antigua retórica y seguramente el más cercano de los residuos de los discursos políticos. Nada de sorprendente que emerge de manera recurrente en los períodos de grandes tensiones de la sociedad. La ideología alimenta a la ideología. Ciertamente, una regla se impone: todo discurso ideológico toma su raíz en un contexto sociocultural y político. Nada es más verdadero en el caso del discurso populista. Son las condiciones del momento las que determinan su presencia y sus entonaciones, sus contenidos y sus formas, la personalización del proceso y la encarnación del propósito en uno o varios hombres que se transformaron en personajes de una pieza de teatro que oscila entre el vaudeville y el drama histórico. De ahí la necesidad, para comprender la significación de estos discursos, de explorar las épocas con atención y de desprender los indicadores, cuya pertenencia no se sitúa en relación con la minucia de las reglas lingüísticas, sino en relación con la dialéctica de las situaciones y los estados de ánimo de los pueblos.

Eh ahí por qué, antes de intentar proponer una pauta de indicadores y algunos parámetros cualitativos, parece útil presentar –brevemente– un retrato *in situ* de los hombres políticos percibidos como representantes actuales de la corriente neo-populista en el mundo.

Ilustraciones de los discursos populistas contemporáneos

Ha llegado el momento de ilustrar y de describir, brevemente, la sinergia existente entre el hombre político populista, el contexto socio-histórico y el discurso. He aquí tres hombres-discurso, cuya imagen, vehiculada por los medios, se transformó en sinónimo del neo-populismo, teniendo en cuenta que se trata de situaciones y de culturas fuertemente disímiles. En primer lugar, el líder del frente nacional de Francia, J. -M. Le Pen. En segundo lugar, A. Loukachenko, actual presidente de Bielorrusia y finalmente Hugo Chávez, el presidente de Venezuela.

Primera ilustración: el discurso de J.-M. Le Pen

Mucha tinta ha corrido sobre la significación del “lepenismo” y la personalidad del presidente del Frente Nacional para retomar aquí la dimensión histórica. Su presencia en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas del 2002, lo situó, una vez más, en primera línea del neo-populismo a escala mundial.

Si J.-M. Le Pen es un líder carismático, él encarna un movimiento y una leyenda más cercana a un post-fascismo que a un populismo clásico. Es en este discurso donde él sustenta su propia legitimidad (mítica) de “pueblo”. Él afirma haber salido del pueblo, de ahí se desprende una doble argumentación: su legitimidad, y su postura de vocero, cuyo objetivo será de “devolver la palabra al pueblo” y, de paso, monopolizarla, como escribió Taguieff (1984) respecto a Le Pen. Le Pen considera al pueblo a la vez como *ethnos* (referencia a la nación étnica) y como *demos* (llamado a los de abajo).

El neo-populismo de tipo lepenista es a la vez contestatario (los “pequeños” contra los “grandes”) e identitario (etno-nacional) según la taxonomía de P.A.Taguieff. De hecho, el componente identitario parece dominar ahí sobre el plano ideológico, hasta rozar los argumentos utilizados antes por el nacional-socialismo (Dorna 1998). Ciertamente, el lepenismo es una mezcla de bonapartismo y de cesarismo con un carácter xenófobo, incluso racista, de democratismo ántico (elogio del referéndum de iniciativa popular) y de “nacionalismo” en vista de una unidad interclasista. Y, además, él representa una visión paradigmática del líder carismático “telegénico”.

Por su contenido, el discurso lepenista construye un “chivo expiatorio” en torno de la figura negativa del inmigrante y la explicita con la demanda eufemista de una vuelta al país “de los grupos etno-culturales designados como “inasimilables”. Es ahí donde la xenofobia lepenista es, antes que nada, un compromiso ideológico entre el viejo racismo evolucionista del colonialismo a la francesa y el neo-racismo cultural diferencialista contemporáneo.

El largo itinerario político de J.-M. Le Pen está lleno de tomas de posición que, desde los orígenes, están teñidas fuertemente de neo-fascismo, en que se mezclan el antiparlamentarismo, la xenofobia, y el nacionalismo extremo. Es a partir de la creación del frente nacional (1972) cuando se federaron bajo la égida de diversas tendencias de la derecha nacionalista, cristiano-fundamentalista y realistas-nacionalistas. La ideología de Le Pen se estructura sobre algunos valores esenciales, particularmente a propósito del pueblo, de la raza y de la nación, tanto como sobre ciertas convicciones económicas como la validez de un capitalismo “popular” y la sorprendente ecuación “propiedad-responsabilidad-arraigo”.

Guardando este fondo alegórico, como la temática de contestación del frente nacional y de su líder, se desplaza igualmente hacia te-

mas menos teóricos y mucho más socio-políticos: la cesantía, la seguridad y la inmigración. Las palabras de orden serán: “la preferencia nacional” y “la Francia para los franceses”.

Le Pen encarna personalmente toda la ambigüedad de su partido y de una época. Así, el universo de sus discursos está siendo actualizado de manera recurrente, tanto como sus fundamentos doctrinales y sus familiaridades temáticas. Es la “identidad nacional” que constituye el principal núcleo referencial en sus intervenciones. La Francia, los franceses, el país y sus oposiciones semánticas, tales como la Europa, el extranjero, los contrarios exóticos, incluso bárbaros. Sus palabras a ese respecto son tajantes: “será la vida o la muerte de Francia”; “yo no escucho a nadie hablar de los franceses”; “mucha gente desprecia los derechos de la mayoría de los franceses en su país”.

Los inmigrantes son el blanco preferido de los extremos lingüísticos del líder del Frente Nacional, a veces con algunas precauciones oratorias del estilo (“hay que tomar”) medidas sobre la inmigración...humanas, pero firmes”. Y lanza irónicamente la fórmula: “un millón de cesantes es un millón de extranjeros de más”. Otro botón de muestra: “la marea de inmigrantes nos va a sumergir después de habernos arruinado”. Y los otros extranjeros son igualmente connotados negativamente, comprendido aquello cuando se trata de definir los contornos de Europa: “una Europa federal será dominada por Alemania”.

El crecimiento del Frente Nacional se produce desde hace más de treinta años de manera constante, con débiles bajas y sorprendentes alzas, hasta el punto de crear la gran sorpresa la tarde del 21 de abril de 2002 decepcionando al candidato de la “izquierda pluralista” (L. Jospin) y situando a J.-M. Le Pen en segunda posición a corta distancia de J. Chirac.

Incontestablemente, la extrema derecha francesa, con casi 20 % de los votos, realiza una puntuación histórica con una campaña en la que Le Pen se revistió de los hábitos de un "gran padre" juicioso y restaurador. El estuor golpea a la derecha y la izquierda. Los estados mayores permanecen estupefactos y sin voz. J.-M. Le Pen se muestra prudente y, dirigiéndose a sus partidarios y más allá de ellos, produce una onda expansiva que está lejos de ser disipada.

La misma tarde, Le Pen hace una declaración meditada. La forma es manejada y el contenido se ajusta a la situación. Cada nudo generador de referencia está ahí, bien situado, el propósito es corto, pero tiene como blanco todo el mundo, la palabra se abre a todos, el mensaje es de una enorme carga emocional. Y, proceso electoral obliga, el énfasis doctrinario cede el lugar a las alegorías simbólicas, donde el arte oratorio tiene el secreto.

El candidato habla al país, con acentos de aglutinador de la nación, dirigiéndose a los "pequeños", a los "sin grado", a "los excluidos" a fin de darles una palabra de esperanza: "no tengan miedo de soñar, entren en la esperanza. (...) No se dejen encerrar en la viejas divisiones de la derecha y de la izquierda".

Este llamado al pueblo parece no excluir a nadie o a casi nadie: "yo llamo a los franceses y a las francesas, cualquiera que sea su raza, religión o condición social, a unirse a esta oportunidad histórica de reenderezamiento nacional".

Hombre del pueblo, Le Pen se pone en el lugar de los sufrientes, "porque yo conocí el hambre, la pobreza". Patriota, se sitúa como salvador: "yo quiero reconstruir la coherencia de nuestro gran pueblo francés, la unidad de la República, la independencia de la Francia, nuestra patria", y el libertador: "restablecer la seguridad sobre el conjunto del territorio na-

cional y liberar a nuestros compatriotas del fiscalismo y de la burocracia".

Con, para terminar, una auto-proclamación: "yo soy un hombre libre, un patriota, que no tiene más que una ambición: la Francia y los franceses". Pero, toda la ambigüedad y la fuerza del neo-populismo de J.-M. Le Pen se resumen esta tarde en una fórmula retórica fuerte: "yo estoy socialmente a la izquierda, económicamente a la derecha, y más que nunca, nacionalmente de Francia". Es ahí donde encubre hábilmente el fondo de su pensamiento, vinculando palabras contradictorias, a fin de no dejar aparecer más que la voluntad de una ampliación de su base política por encima de sus propias fronteras doctrinales. La lógica persuasiva que se despliega se plantea en un impulso de traspasamiento que se hace con la idea de la sutil intromisión del adverbio "nacionalmente" que se instala sin complejos (entre lo social y lo económico), la referencia matricial absoluta: "de Francia".

Este oxymoron¹¹ es una reconstrucción de sentido que se inscribe en una trayectoria discursiva en la cual el tono seguro de las palabras se cimienta con una remarcable capacidad de amalgamar los hechos y las ideas, a fin de darle la fuerza emocional necesaria a la dramatización del momento.

Maestro de palabras, Le Pen es uno de los raros hombres políticos actuales que saben utilizar la cultura del arte de la oratoria bajo la forma antigua de los tribunos del pueblo, con sus referencias literarias y sus figuras de estilo (los calemburos¹² son bienvenidos), que dan elegancia y elocuencia al discurso. Ello hace de él un verdadero paradigma del discurso neo-populista contemporáneo y un temible jefe de jauría.

¹¹ Figura literaria.

¹² Figura literaria.

Segunda ilustración: el discurso de A. Loukachenko

La ascensión política de Alexander Loukachenko, en Bielorrusia, es la de un bólide, cuyo carácter carismático y mediático corresponde perfectamente al modelo del neo-populismo contemporáneo. Se trata de un populismo autoritario (Goujon 2001, Gribova 2002), cuyas características evidencian los mecanismos populistas del poder: las huellas carismáticas de un líder salido del pueblo, la sumisión interiorizada de las masas y las formas retóricas del discurso y de sus comportamientos políticos.

Su biografía oficial lo representa como el jefe de una nueva generación de hombres políticos del período post-soviético. Él no pertenece a ningún partido político, o lo que se llama la *nomenklatura*¹³ comunista. Él no ha ocupado nunca un puesto de alto nivel del poder jerárquico. Hombre político autodidacta, autoproclamado, su carrera política comienza verdaderamente en 1989 (año de la caída del muro de Berlín) y, en 1990, es elegido diputado del Soviet supremo de Bielorrusia, luego, nombrado presidente de la comisión parlamentaria de lucha en contra de la corrupción en 1993. Utiliza este puesto con habilidad como tribuna política para acusar a los dirigentes de la época; su audacia, la firmeza, la dureza de sus actos y de sus propósitos, inspiran un sentimiento de orden y de disciplina y le confieren una autoridad gubernamental.

Es reelegido presidente en septiembre de 2001, con 75% de los votos. Esto parecería una prueba de la eficacia de su régimen y de su capacidad de asegurar una estabilidad sin revueltas. Sin embargo, sus adversarios hablan de violencia de Estado, la cual se manifiesta a través de la censura, la represión policial contra quienes protestan, el arresto de los opositores y las desapariciones de hombres políticos,

el uso de la cooptación de los cuadros políticos, etc.

Loukachenko cultiva la imagen de un hombre valiente y subraya permanente las bases populares de su combate político. Así, frente a los rumores divulgados por la oposición de un posible golpe de estado a su poder, inspirados por la victoria de Vojislav Kostunica en Serbia en otoño de 2000, declara bajo un tono dramático: “yo no voy a permanecer encerrado en un bunker como Milosevic. No tengo miedo de nadie. No robé a nadie. No he robado nada a mi pueblo. Yo voy a defenderme (*zachichatsia*). [...] Yo quisiera que todo el mundo supiera: no voy solamente a defenderme, sino también a defender a mi pueblo y a mi Estado hasta el último minuto de mi existencia”.

Algunos de sus opositores hablan de un sultanismo a la manera en que Weber definió el concepto. Se trata de una personalización de la actividad política y de la arbitrariedad de relaciones interpersonales que mantiene con los miembros de la administración, en ausencia de reglas institucionales que se apliquen de manera equitativa al conjunto de las elites políticas. Las decisiones políticas importantes en la carrera de los ministros dependen, en efecto, del libre arbitrio de Loukachenko, cuyas fuentes de legitimación son su (digamos) conocimiento de los intereses del pueblo. Ciertamente, la noción de arbitrariedad introducida por Weber no significa que el conjunto de la actividad política esté controlada por el líder carismático, sino que en toda circunstancia, él puede intervenir sobre la organización y su acción modificando personalmente las reglas del juego o el estatus de algunos actores políticos. El gobierno se gestiona, en este caso, como un asunto casi privado para ejecutar las prioridades definidas por el Jefe de Estado.

¹³ N.T: Del texto original. Las cursivas son nuestras.

La personalización del poder y la actividad política refuerzan el carácter populista del régimen y su legitimidad carismática. La estrategia presidencial de cuestionamiento individual de los ministros, que sirven de chivo expiatorio delante del agravamiento de las condiciones de vida, recuerda aquella utilizada durante el período soviético.

Finalmente habría que recordar, en el caso de Loukachenko, sobre la apreciación de un populismo autoritario que es evocado por ciertos politólogos (Blum 2001). Hay ahí, ciertamente, algo más. Es probablemente la influencia de la visión totalitaria de la herencia estalinista. Pues el populismo bielorruso no aparece como un modelo político de excepción en el espacio post-soviético.

El carisma de Loukachenko se inscribe en un doble registro: el carácter popular de sus discursos y de sus comportamientos, a través de los cuales él presenta consignas que lo sitúan políticamente más allá de los clivajes partidistas, permaneciendo siempre cercano al pueblo, amante del deporte, la lectura, los niños y sobre todo, la patria. Y la importancia de su función presidencial y de su rol de "padre del pueblo", gracias a los cuales se sitúa por encima de todo el mundo.

Es en este contexto, y sobre esta perspectiva, donde Loukachenko construyó una imagen que presenta muchas facetas (Gribova 2002): el hombre de terreno simple y trabajador, sincero y honesto, fuerte y valiente, pragmático y cercano al pueblo.

Loukachenko subraya a menudo (sobre todo al principio de su presidencia) las condiciones de vida modestas de su familia y su desinterés. Los biógrafos del presidente precisan que A. Loukachenko consagra a su trabajo prácticamente todos sus días. Es en la lucha anti-corrupción Loukachenko afirma su estatus de hombre político incorruptible y desinte-

resado. Su sinceridad se expresa gracias a uno de sus gestos preferidos: la mano sobre el pecho. Figura gestual tanto o más fuerte en la medida en que posee un físico imponente y deportivo: fútbol, tenis, jockey sobre hielo. He ahí cómo su robustez parece completar su firmeza de espíritu: Loukachenko se presenta como un hombre que tiene garra. En la tribuna, todo está puesto en juego para apoyar su elocuencia: su mirada viva y severa, sus gestos (a menudo toma el pupitre a dos manos o golpea la mesa), el tono de su voz (habla fuerte y utiliza a menudo la hipérbole), a fin de dar la impresión de dinamismo.

A menudo Loukachenko se desplaza. La televisión nacional lo muestra regularmente trabajando la tierra entre sus manos, como un verdadero experto agrícola, visita los mercados, tiendas, en que se lo ve rodeado por dueñas de casa que se quejan del precio o de la falta de ciertos productos. Ahí da la impresión de manejar la situación.

El dinamismo extraordinario que rodea a Loukachenko tiene algo de mágico y le confiere un aura de hombre providencial. Algunos observadores comparan su imagen a aquella de un zar o de un emperador bizantino, tan frecuente en la iconografía de los países del Estado bajo dominio. No es sorprendente, entonces, que la mayoría de la población califique a Loukachenko de *Bat'ka* (padre) de la nación bielorrusa.

El lugar ocupado por el pueblo en el discurso del presidente Loukachenko tiende a subrayar el carácter popular del régimen y su devoción al país: luego de su campaña de 2001, declara: "mi primera experiencia en tanto que presidente es delante de ustedes. Yo no tengo vergüenza. Hoy día puedo sinceramente mirarlos a los ojos. No tendré nunca otros intereses que aquellos del Estado y sus ciudadanos".

Más adelante, encontraremos la importancia de este mecanismo retórico en la producción de los efectos persuasivos, presentes igualmente que en otros casos de dirigentes neo-populistas contemporáneos.

Tercera ilustración: el discurso de Hugo Chávez

La historia contemporánea del neo-populismo latinoamericano encontró un nuevo rostro. Aún más: Hugo Chávez es el representante de la reemergencia del cesarismo populista, según la fórmula del politólogo Kaplan (2001). Los problemas que agitan la vida política de Venezuela se inscriben en la trayectoria tumultuosa de un país tironeado entre una riqueza ostentosa, proveniente del petróleo, de la gran burguesía y de una clase política corrupta que domina a una población pobre, cuya cólera se exagera por el mal gobierno y el disfuncionamiento democrático desde hace lustros.

Elegido presidente por una amplia mayoría en 1998, Hugo Chávez es reelegido en el 2000 con un porcentaje todavía mayor, después de haberse impuesto un polémico cambio de constitución que se transforma en la prueba de fuerza respecto de sus opositores.

El hombre y su política *-nolens volens-* se encuentran en el ojo del huracán de una "revolución democrática". Un muro se establece entre los partidarios del presidente y sus opositores: elites económicas, partidos políticos tradicionales y una clase media desmantelada. El clima de discordia que agita al país pone, frente a frente, por un lado, a la población de la calle y, por otro, a los medios. Y es justamente gracias a la calle como Hugo Chávez desmantela una tentativa de golpe de estado. En nombre de un proyecto social y patriótico que rechaza firmemente las acusaciones de querer erigirse como dictador en potencia para dirigir los asuntos del país y mantenerse en el

poder. Frente a la amenaza del gobierno y de los Estados Unidos, que le pide convocar a elecciones anticipadas, Hugo Chávez responde con seguridad e ironía: "Las elecciones anticipadas no están previstas por la constitución. Yo no puedo creer que los Estados Unidos le digan al mundo que Venezuela debe violar su constitución".

1992, el 4 de febrero una tentativa abortada de golpe de estado militar contra el gobierno (social-demócrata) de Carlos Andrés Pérez. A la cabeza de un grupo de jóvenes soldados, una figura de nuevo tipo golpea la puerta de la historia de su país: teniente-coronel de la armada venezolana, Hugo Chávez, hasta ahora desconocido del mundo político, debuta con una irresistible ascensión hacia el poder. A pesar de su fracaso, el exgolpista, detenido y encarcelado, se transforma de un día para otro, frente a la sorpresa general, en personaje popular, gracias a su gallardía plena de seguridad y a sus palabras patrióticas, lanzadas luego de una declaración pública que prefigura una nueva referencia. En algunas horas, frente al estupor de las autoridades, Hugo Chávez deja las armas, a condición de que se le permita dirigirse a su pueblo. Es así como delante de las cámaras de televisión los venezolanos ven a un hombre joven en uniforme de paracaidista y su boina roja y una real potencia persuasiva. Su arenga televisiva es una victoria simbólica. Con claridad y energía asume toda la responsabilidad y pide la libertad para sus hombres en el nombre de su motivación: rehabilitar la doctrina de Simón Bolívar. Una ola espontánea de simpatía lo rodea inmediatamente y los jóvenes de Caracas, con poleras que llevan su imagen, desfilan para celebrar sus palabras. Al mismo tiempo, los hombres políticos se crispan y la población permanece bajo el encanto de Chávez y los efectos de la sorpresa.

La irrupción musculosa de Chávez permanece como una bomba de tiempo que echará

por tierra el equilibrio de cuarenta años de una política de *statu quo* y de juego de alternancia instaurada por las dos grandes formaciones (el partido Acción Democrática y el Copei) y asumido cada vez por tres personalidades fuertes: Rómulo Betancurt, Rafael Caldera y Carlos Andrés Pérez.

Retorno a 1989. La aventura de Chávez no se produce *ex nihilo*, sino en medio de una crisis económica profunda provocada por los ajustes exigidos por el FMI y aceptados por el gobierno de Carlos Andrés Pérez, figura importante de la Internacional Socialista de la época.

Un evento marca duramente al pueblo venezolano y también al teniente-coronel Chávez, nos explica García Márquez. Son los motines del 27 de febrero. El “caracazo”.

Es un trauma nacional. Pues solo algunos días después de la elección a la presidencia de la república de Carlos Andrés Pérez por una amplia mayoría, se produce una suerte de insurrección popular que durante 72 horas arrasa Caracas. Fenómeno de masas: millones de miserables de los suburbios que rodean la ciudad, alborotados por el aumento del precio de los transportes, bajaron rabiosos. La televisión muestra imágenes de destrucción de los comercios, de personas atrincheradas en sus casas, escenas de pillajes, bandas armadas y la terrible represión militar. La estupefacción es general: pánico, incomprensión y perplejidad. Algo nunca visto en un país donde la violencia se sale raramente de los canales institucionales.

Chávez se recuerda: “Se envía a soldados a la calle, temerosos, con fusiles y quinientos cartuchos. Ellos tiran sobre todo lo que se mueve. Llenan de balas las calles, las poblaciones, los barrios populares. Es un desastre. Millones de muertos...”.

Si nadie lo había visto venir, el “caracazo”, se demuestra un signo en que la explicación dada por los políticos no designa sus verdaderas causas. Peor todavía: el nuevo gobierno no aprende nada del efecto de su reacción. En síntesis, el incendio se apaga, pero, simbólicamente, el fuego permanece bajo los escombros y el país está sumido en la vergüenza, la cólera y el miedo. Es el amplio sentimiento del pueblo, compartido también por Hugo Chávez y cierto número de mandos medios del ejército. A partir de ese momento, comenzaron a preparar un golpe de estado, a afirmar mucho más su credo bolivariano y su desprecio por las elites instaladas.

Un breve retorno a 1961. Frente a las dificultades para instaurar un gobierno estable después de la caída del dictador (militar) Pérez Jiménez en 1958, los grupos políticos acuerdan un tratado de paz civil. Es el pacto “de Punto Fijo”, que sella la expectativa entre los diversos grupos políticos, de las dos fuerzas mayoritarias, el Partido de Acción Democrática (tendencia social demócrata) y el Copei (tendencia social cristiana).

Los aparatos políticos tendrán éxito - de alguna manera - en establecer las bases de un estado de derecho, a pesar de la emergencia de los movimientos de contestación y la “guerrilla” de inspiración castrista. Pues la modernización económica del país, gracias al desarrollo de la industria del petróleo, revela su lado oscuro en la instauración de una oligarquía político-económica profundamente corrupta.

1994. Interludio. Rafael Caldera es elegido presidente. Bajo la presión de la opinión pública, la amnistía de Hugo Chávez no se hace esperar. Después de dos años de prisión, el exgolpista ganó los favores del bajo pueblo y se transformó en el líder de los “hastidados” del sistema y su imagen es reconocida como positiva por la opinión pública. Es el comienzo de su “carrera” política, cuyos comodines son

numerosos: coraje, carisma, y un talento de orador providencial. Sin olvidar una formación sólida en ciencias políticas en la prestigiosa Universidad Simón Bolívar.

Organiza el “movimiento V República” con sus antiguos camaradas de armas y rápidamente se lanza en la construcción de un Polo patriótico, que reagrupa más de una veintena de pequeñas organizaciones de diversas tendencias (de izquierda y nacionalista), pero todas unidas, en el marco de la doctrina bolivariana latinoamericanista, por el rechazo del sistema y de las prácticas de los partidos políticos tradicionales. Chávez encarna no solamente estas tendencias, sino que se declara un firme opositor al neoliberalismo. En su programa figura, en primera línea, la propuesta de una nueva Constitución, en lugar de aquella de 1961 salida de los acuerdos de “Punto Fijo”, con reformas bien precisas: más participación ciudadana, descentralización, reorganización de los poderes ejecutivo y judicial.

El año 1998. Los debut luminosos, una campaña presidencial vertiginosa en que el entusiasmo popular desborda y donde Chávez muestra todas sus cualidades de orador de masas, tanto como sus exuberancias. A la cabeza del Polo patriótico, Chávez obtiene una victoria importante en las elecciones legislativas (el 8 de noviembre) y gana ampliamente aquellas de las presidenciales (el 4 de diciembre) con el 56,5% de los votos.

El período 1999-2001. Las batallas por la nueva Constitución estallan. En febrero, el día de su entrada en funcionamiento, Chávez rechaza jurar fidelidad a la Constitución en vigor, a fin de mantener su voluntad de avanzar rápidamente hacia la nueva. En marzo, demanda al Congreso los poderes para llamar a la formación de una Asamblea Nacional Constituyente (ANC). La tensión sube cuando la corte de justicia expresa reservas a propósito del proyecto. Se sigue a ello un debate de proce-

dimientos que desembocan en un referéndum. La propuesta de Chávez es votada favorablemente con un 87,9%

En julio de 1999 tienen lugar las elecciones a la ANC. La victoria de los partidarios de Chávez es rotunda, a pesar de una gran tasa de abstención. Pero la oposición retoma rápidamente una campaña de prensa contra el contenido de las propuestas constitucionales del gobierno. El debate sobre los 350 artículos de la nueva Constitución se prolonga y da lugar a vivos intercambios entre la oposición y el gobierno.

La nueva Constitución entra en vigor el 29 de diciembre; la ANC decide la disolución del parlamento y toma muchas otras medidas que despiertan la protesta de la oposición y dan la impresión de una suerte de omnipresencia de los partidarios de Chávez.

Una nueva elección presidencial se convoca para el mes de mayo del 2000. Chávez es el candidato: su nueva campaña electoral le permite fustigar “a la oligarquía rancia” y a los “apátridas negativos” que se oponen a la “revolución pacífica” bolivariana que él quiere, en el marco de una “democracia social de economía de mercado”. El candidato no escamotea en palabras para recordar que el modelo instalado desde hace cuarenta años no tenía ninguna legitimidad: “No tenemos otra posibilidad que transformarlo completamente”.

La oposición se organiza: patrones y sindicatos llaman a una huelga general. Los Estados Unidos amenazan con una “*chambonada*”¹⁴. Y desde el fondo de los barrios chic, se levanta un concierto de cacerolas. Las clases medias manifiestan su hostilidad al gobierno. Por otra parte, “los chavistas» también se organizan para dar a conocer su apoyo popular a la política de su líder. Sin embargo, algunos

¹⁴ N.T: Las cursivas y las comillas son nuestras.

de los antiguos partidarios del presidente lo abandonan un poco cansados de los años de exaltación lírica. El miedo de un enfrentamiento se hace sentir y algunos se preparan para la prueba de fuerza.

Es el fin del estado de gracia.

Las relaciones del movimiento del partido popular con el ejército son ambiguas. Los militares de alto rango están recurrentes, pero permanecen en una posición de neutralidad. Los soldados y los mandos medios son mucho más cercanos al discurso y a las medidas tomadas por el gobierno. Es un ejército de conscripción.

En cuanto a la Iglesia Católica, su relación con la política de Chávez es oscilante: a veces cercana, a veces hostil. Evidentemente ciertas propuestas constitucionales concernientes al aborto y el matrimonio de homosexuales plantean problemas, pero las tentativas para mejorar la condición de los pobres son juzgadas positivamente.

En política extranjera, las relaciones con los Estados Unidos son contradictorias y complejas. El acercamiento con Cuba no puede más que molestar al gobierno norteamericano, tanto como el discurso antiimperialista. Sin embargo, la necesidad de disponer de reservas petroleras permite un stand by.

2002. *El año negro*. Nada funciona, pero la protesta y las manifestaciones vociferantes de la oposición no desarmen la actitud de Chávez: permanece verbalmente agresivo, pero no represivo. Cierta exceso de confianza en sí mismo lo lleva a no creer en una seria amenaza contra su gobierno.

La voluntad caballeresca de Chávez de imponer un nuevo equipo dirigente a la Compañía Petrolera Nacional provoca una "rebelión de los cuadros de la empresa". La huelga dura

más o menos un mes. Es el detonador para una ofensiva, con todo, de sus adversarios.

El jueves 11 de abril, una enorme reunión anti-chavista se transforma en un motín, cuando los manifestantes intentan embestir contra el palacio de gobierno. Es el enfrentamiento. Hay muchos muertos. Las imágenes transmitidas por la televisión (hostiles a Chávez) tienen un efecto poderoso sobre la población. Los partidarios de Chávez llegan de los barrios populares. Por todas partes reina una gran confusión.

Los oficiales de alto grado presionan a Chávez para obligarlo a renunciar. Un clima de golpe de estado se instala. Al alba del viernes 12, el jefe del ejército anuncia la inminente dimisión de Chávez. Lo que es negado por los cercanos al presidente instalados en el palacio presidencial, mientras que millones de partidarios se congregan para defender la "revolución".

Durante el día, un presidente "interino" sostiene una conferencia de prensa en presencia de oficiales de alto nivel, figuras de la oposición, y representantes de la iglesia, los sindicatos, y los medios de comunicación. La nueva autoridad anuncia la mantención de Chávez en secreto, así como varias medidas para la restauración de la antigua administración.

La caída del régimen "bolivariano" parece sellada.

Luego, a lo largo del sábado 13, la presión popular y las fisuras en el seno del ejército entre legalistas y rupturistas, hacen temblar la situación. Chávez es mantenido prisionero, luego liberado por las tropas, hace una entrada triunfal y es oficialmente restablecido en sus funciones de presidente. En una locución pública se declara sin "odio ni rencor" y lanza un llamado a la reconciliación con una fórmula que evidencia sus intenciones: "Vuelvo sin

espíritu de revancha, dispuesto a rectificar lo que debo rectificar”.

La síntesis de todos estos acontecimientos parece menos dura hacia el gobierno y más dura hacia la oposición que se encuentra sin apoyo, con un resultado que sabe a fracaso.

Desde el año 2003, las tensiones perduran. La oposición está dividida en relación con las medidas a tomar y sin líder. Una gran parte prefiere esperar la próxima elección presidencial del 2006, mientras que otra quisiera presionar al gobierno, aceptar un referéndum para las elecciones anticipadas. La calle encontró la calma, pero la movilización política sigue fuerte, pues la crisis económica es siempre aguda. Chávez, por su parte, se demuestra maestro de la actuación y su discurso es siempre el mismo. La visita de Fidel Castro a Venezuela le dio la ocasión de enardecer a la opinión pública.

He ahí el contexto político del populismo de Chávez. Resumamos ahora el hombre y su discurso.

El hombre. El itinerario de Hugo Chávez, nacido bajo el signo de Bolívar (1954), se inicia en el catolicismo y en el culto del libertador por sus padres institutores, está rodeado de múltiples actividades: pintor y músico en sus horas libres, deportista amateur de béisbol, lector de obras de historia y de ciencias políticas y admirador de Fidel Castro. Parte al ejército casi por azar, o más bien por su gusto por las actividades físicas.

Es un hombre que “maneja a las masas” con un arte de jefe paternalista bonachón, pero también, con un razonamiento cuya lógica no está desprovista de profundidad. Alguien lo ha descrito como un nostálgico cautivado por la modernidad. El pueblo le manifiesta veneración, se identifica con un personaje ordinario y sin poses, que se parece a todo al mundo.

Ídolo desacralizado, cuya imagen de proximidad es incontestable.

El célebre escritor Gabriel García Márquez (2000) se declaró impresionado por “la potencia que se desprende de su cuerpo de granito. Tenía una cordialidad espontánea y una gracia criolla”. Agrega más adelante: “Descubrí una personalidad que no correspondía en nada a la imagen de déspota que los medios de comunicación habían hecho de él”. Pero esta espontaneidad se alimenta de un temible cálculo, como lo muestra su reflexión sobre la historia, la estrategia, y su recuerdo de un pensamiento de Napoleón: “un segundo de inspiración táctica decide la suerte de una batalla”.

Otro escritor, V. Forrester (1999), declaró: “Es muy preciso en todos los planos. Parte de un pensamiento y no lo suelta. Él no representa verdaderamente un hombre político. De hecho hay en él una suerte de frescura”.

Nada de sorprendente entonces que Chávez mismo se considere como la encarnación del pueblo, lo que es plausible en este contexto, toda vez que, por tal motivo, él se presenta como detentador de la legitimidad popular, juicio que es ciertamente menos probable. Además, un rasgo de personalidad le es atribuido, incluso por sus adversarios: cree lo que dice. De ahí el efecto impregnado de autenticidad con que rodea sus actos, sin dejarse amarrar por ningún protocolo.

El hombre-discurso. Ciertamente, si su imagen está vinculada al golpe fallido de 1992, su impacto persuasivo se debe, mucho más, a la calurosa eficacia de su palabra. Es un hecho: Chávez no es más que un hombre de discurso, pero verdaderamente un hombre de discurso. Su formidable capacidad de narrador y su estilo polémico unido a una memoria prodigiosa, hacen de él un orador de una potencia desmedida de la cual él usa y abusa.

Una prueba de ello son sus emisiones semanales de los domingos en la televisión, "Alo! Presidente", en que Chávez intercambia toda suerte de comentarios sobre la actualidad, recuerda la historia y el credo de Bolívar y da cuenta al país, en directo, del estado de la nación, sometiéndose a un diálogo con los tele-espectadores. Así, esta suerte de tele-evangelismo laico encanta a sus partidarios y molesta tremendamente a sus adversarios.

Esos rasgos casi anecdóticos no deben encubrir el fondo: lo esencial de su discurso no varió desde hace veinte años. Nunca intentó – hasta el presente – transigir con las elites, a las que responsabiliza del estado de descomposición moral de su país.

La reflexión final de Gabriel García Márquez, en el texto sobre su encuentro con Chávez (citado anteriormente) refiere: "Mientras lo veía alejarse, rodeado de sus guardias militares decorados, fui invadido por la extraña sensación de haber viajado y conversado con placer con dos hombres diferentes. Uno, al que la suerte obstinada ofrecía la posibilidad de salvar a su país. El otro, un vendedor de ilusiones que podría bien pasar a la historia como un nuevo déspota".

Algunos indicadores lingüísticos del discurso populista

Imposible no insistir sobre algo evidente: los discursos denominados populistas no son los mismos ni en su contenido ni en su forma. Es suficiente hacer referencia mediante ilustraciones a los tres hombres-discurso precedentemente descritos. Hay indiscutiblemente "un aire de familia". Aquí y allá, algunos elementos (más o menos evidentes) forman un conjunto de indicios. Parece entonces posible presentar una pauta de indicadores lingüísticos y retóricos del discurso populista, después de largos recorridos por los antecedentes de la

crisis, las características del populismo, las funciones y las características discursivas, tanto como los comportamientos de algunos líderes.

Diversos estudios (Dorna 1995, 2003, Chawadronow et Neveu 1993, Gribova 2002) concernientes a los líderes populistas y carismáticos, muestran, a pesar de las grandes diferencias geográficas y culturales, la presencia convergente y recurrente de denotadores lingüísticos, comportamentales y semánticos. Ciertamente, presentamos aquí con precaución, una pauta de lectura sabiendo que en esta materia, probablemente más que en cualquier otra, las características personales del líder cuentan mucho en la producción discursiva. Retendremos entonces algunos de estos indicadores más frecuentes. A saber:

- Lenguaje simple, con pocos términos técnicos, fácilmente comprensibles para todos. La lógica discursiva abunda en sentido común y voluntarismo. Los argumentos utilizados en los análisis no son para nada abstractos. La gestualidad está ahí (amplia y calurosa) para acompañar y aventajar la palabra.
- Fuerte presencia de promesas construidas en voz pasiva, sin actante explícito, pero describiendo con energía un impulso colectivo y una visión de futuro.
- La bipolarización del discurso es generalmente actitudinal (a favor o en contra), polémica y tajante. Por un lado, está el nosotros y por otro lado están los otros, estos últimos connotados negativamente.
- El elogio del pueblo, la identificación, a veces folclórica, con sus raíces, atraviesa los discursos, a fin de dar todo su peso a la existencia y a la defensa de la identidad nacional.
- La crítica de las elites dirigentes se transforma en leitmotiv como corolario de la lu-

cha contra el *statu quo* impuesto por el establishment, la clase política y las fuerzas ilegítimas que confiscan el poder al pueblo.

- La asunción discursiva se hace en torno de un “yo” siempre puesto por delante, así como otros pronombres personales que declinan bajo la forma de un “conmigo, mi país, mis compatriotas...”.
- Hay siempre una oposición “ellos-nosotros”, y un “nosotros” que engloba al pueblo y al orador en un todo dinámico: nuestro programa, nuestra patria, nuestro porvenir, nuestro camino...”.
- Los principales referentes son: la nación, el pueblo, el “nosotros”, la elite (connotada negativamente), la patria, nuestro país, los poderosos, los ricos, los abandonados, el trabajo, la familia, el esfuerzo nacional, la soberanía, los valores tradicionales, la seguridad individual y nacional...
- La utilización masiva de figuras retóricas, particularmente: la repetición, la metáfora, la alegoría, la ironía, la antítesis, la parábola...
- El léxico, la gramática y la semántica están ahí para producir una suerte de música, donde el encadenamiento de las palabras forma una partitura que devuelve un ritmo que te coge y te hechiza.
- El orador utiliza a menudo la tercera persona hablando de sí mismo, a fin de poner en escena su propio personaje y teatralizar sus actos.
- El estilo es directo, con un hablador franco que rompe el discurso vacío tradicional de la clase política y de los funcionarios de la tecnocracia.
- La utilización masiva de una semántica con fuerte carga afectiva, que por analogía, reemplaza fácilmente la demostración de la lógica formal.
- Referencia permanente de la historia de la nación a fin de subrayar la pertenencia, la proximidad y las raíces personales.
- Dramatización y teatralización de los desafíos y las elecciones políticas.
- Gestualidad firme y rítmica, en que las palabras clave son puntuadas de manera repetida y las imágenes metafóricas seguidas de gestos expresivos.
- Llamado a la cohesión nacional en torno a símbolos y a palabras clave que devuelven a viejos clivajes ideológicos.
- Evocación de los grandes mitos (nacionales) fundadores y fuerte explotación hábil de la leyenda y de las imágenes populares.

Algunos analistas podrían observar que todos los discursos políticos comparten un fondo común. Pues, es la situación (aquí las crisis) y la cultura de los pueblos que agregarán ese “no sé que” típicamente populista. El conjunto de los indicadores evocados aquí, de manera no exhaustiva, hace del discurso populista una problemática en sí misma, en tanto este medio político movilizador se alimenta del imaginario popular, de percepciones de esperanza y de futuro, y se extrae de una reserva cultural y simbólica que reenvía a la historia de los pueblos. Ni los temas ni los contenidos son los mismos en todas partes, su variedad es prodigiosa, pero estos discursos tienen una forma que hace suspirar, produciendo palabras audibles para todos aquellos que se encuentran en un estado de expectativa y de necesidad.

En búsqueda de una heurística psicopolítica del discurso

El discurso político (populista por definición) es un balance entre el sofismo, la labia y el dogma (fanatismo), en un contexto ideológico en que reina la ambigüedad. He ahí una razón de fondo para insertar para su estudio otra heurística que escapa –tanto como sea posible– a la frecuente fragmentación de los conocimientos. Un nuevo reequilibrio epistemológico nos parece no solamente deseable, sino también indispensable. Remitimos al lector interesado en más información a una obra reciente (Dorna 2004).

Estamos, probablemente, en un período de transición entre un paradigma y otro. Ciertamente, el antiguo es demasiado fuerte para permitir al nuevo restablecer el equilibrio necesario. Pero nosotros estamos, *nolens volens*, en una situación en que el sentimiento de *im-passe* se propaga con mucha velocidad.

Volver de lo micro a lo macro-social, es el punto de nuevo arranque de una nueva heurística del análisis del discurso político. Poco importa que la visión de conjunto siga siendo demasiado amplia y el horizonte todavía incierto, lo importante es no decaer atravesando galerías subterráneas sin luz ni brújula. Hay que escapar a la prisión de los criterios técnicos, la formalización de las reglas estáticas y a las aproximaciones metodológicas que se limitan al análisis de las situaciones *hic et nunc*, haciendo abstracción de antecedentes de la cultura, de la historia, de los sentimientos, de la memoria social y de las vicisitudes del tiempo (tempo).

He ahí un marco pluridisciplinario y transversal, a fin de que el análisis del discurso político pueda encontrar nuevas perspectivas y herramientas más adaptadas, concernientes, a la vez, a las intenciones de los oradores, los efectos de sus palabras y las actitudes que vin-

culan lo político a un auditorio (ciudadanos). *Importa aquí percibir en el discurso algo más que discurso: pues la dramatización o la teatralidad, cuyo propósito se revela siempre una tentativa de hacer actuar a los otros por medios directos o retorcidos, corresponde a una cultura y a una ideología cuyos desafíos son identificables en un tiempo pasado, un tiempo por venir y un tiempo presente que oscila entre ambos.*

Referencias bibliográficas

- Argentin G, Ghiglione R et Dorna A (1990): *La gestualité et ses effets dans le discours politique*. Psychologie française. T. 35-2-pp153-163. Paris.
- Barthes R. (1977): *Leçon*. París. Le Seuil.
- Barbutto J. (1997): *Taking the charismatic out of the transformation leadership*. J.S.B.P. Vol.12, n° 3, pp. 689-697.
- Baudrillard (1987): *Cool memories*. París. Galilée.
- Bardin, L.(1989). *L'analyse de contenu*. París : PUF.
- Bellenger L. (1992): *L'argumentation*. París. PUF
- Blanchet, A.Ghiglione, R. (1991). *Analyse de contenu et contenu d'analyse*. París: Dunod.
- P. Bourdieu (2000): *Sur la télévision*. París. Liber.
- Brechon P. (1994): *Le discours politique en France*. París. La documentation française.
- Breton Ph. (1996): *L'argumentation dans la communication*. París. La découverte.
- Bromberg M, Dorna A, Ghiglione R (1983): *Les conditions de la persuasion*. París. Champs éducatifs. N°4.
- Cotteret J.M. (1973): *Gouvernants et gouvernés*. París. PUF.
- Chawadronow O et Neveu V (1993): *Etude de mécanismes rhétoriques dans le processus de persuasion*

du discours politique. Mémoire de maîtrise. Université de Caen.

Charaudeau P. et Ghiglione R. (1997) : *La parole confisquée*. París. Dunod.

Dorna A et Ghiglione R (1989) : *Le discours politique hier et aujourd'hui*. In Ghiglione et al : *Je vous ai compris*. París. Colin.

Dorna, A. (1995). *Les effets langagiers du discours politique*. *Hermes*, 16.

Dorna, A. (1998-a). *Les fondements de la psychologie politique*. París : PUF.

Dorna, A. (1998-b). *Leader charismatique*. París : Desclée de Brouwer.

Dorna A. (1991) : *Discurso centrista y estrategias discursivas*. In : M. Montero. *La Psicología política latinoamericana*. (II). Ed. Eduven, Caracas.

Dorna, A. (1999). *Le populisme*. París : PUF.

Dorna A. (2003) : *La democracia : un espejismo?* Lumen. México.

Dorna A. (2004) : *De l'âme et de la cité*. L'Harmattan. París.

Erikson (1968) : *Adolescence et crise*. París. Flammarion.

Forrester V. (1999). *Journal Le Monde* du 28.10.1999.

García Márquez G. (2000) : *L'énigme de deux Chavez*. *Le Monde diplomatique*. Août. París.

Ghiglione, R., et al. (1986). *L'homme communicant*. París : Armand Colin.

Ghiglione, R. et al (1989). *Je vous ai compris, ou l'analyse des discours politiques*. París. Colin.

Ghiglione R, Bromberg M. (1998) : *Discours politique et télévision*. París. PUF.

Gribova O. (2002) : *Les indices du leadership populiste et l'analyse de deux programmes électoraux en Biélorussie*. Mémoire de maîtrise. Université de Caen.

Grize J.B. (1971): *Logique de l'argumentation et discours argumentatif*. Travaux du CRS. Université de Neufchatel.

Goleman, D. (1995): *Emotional intelligence*. Bantam books. N. York.

Goujon, A. (2001). *La transition autoritaire : fondements idéologiques et pratiques politiques*. In : Goujon, A. Lallemand, J.-C. Symanic, V. éd. *Chroniques sur la Biélorussie contemporaine*. París : Harmattan.

House R. (1992): *Personality and charismatic leadership*. *Leadership quarterly*. 3-2. pp.5255.

Hagège C. (1985). *L'homme de paroles*. París. Fayard.

Labbé D.(1983): *Mitterand. Essai sur le discours*. La pensée sauvage. París.

Marchand, P. (1998). *L'analyse du discours assisté par ordinateur*. París: Armand Colin.

Morris Ch. (1946): *Sings, language and behavior*. N. York. Prentice-Hall.

Namer G. (2003): *Le contre-temps démocratique*. París. L'Harmattan.

Perelman Ch et Olbrechts-Tyteca L. (1958) : *La nouvelle rhétorique. Traité de l'argumentation*. París. PUF.

Reboul A. et Moeschler J. (1998) : *Pragmatique du discours*. París. Le Seuil.

Rondeau A. (1986): *La relation supérieur-subordonné : un modèle diagnostique*. *Revue québécoise de psychologie*. Vol. 7. n° 2, pp. 182-202.

Tajfel H.(1978): *Differentiation between social groups*. Londres. Academic books.

Trognon A. et Larrue J. (1993): *Pragmatique du discours politique*. París. Colin.

Vignaux G. (1976): *L'argumentation. Essai d'une logique discursive*. Genève